

BOLSILIBROS
BRUGUERA

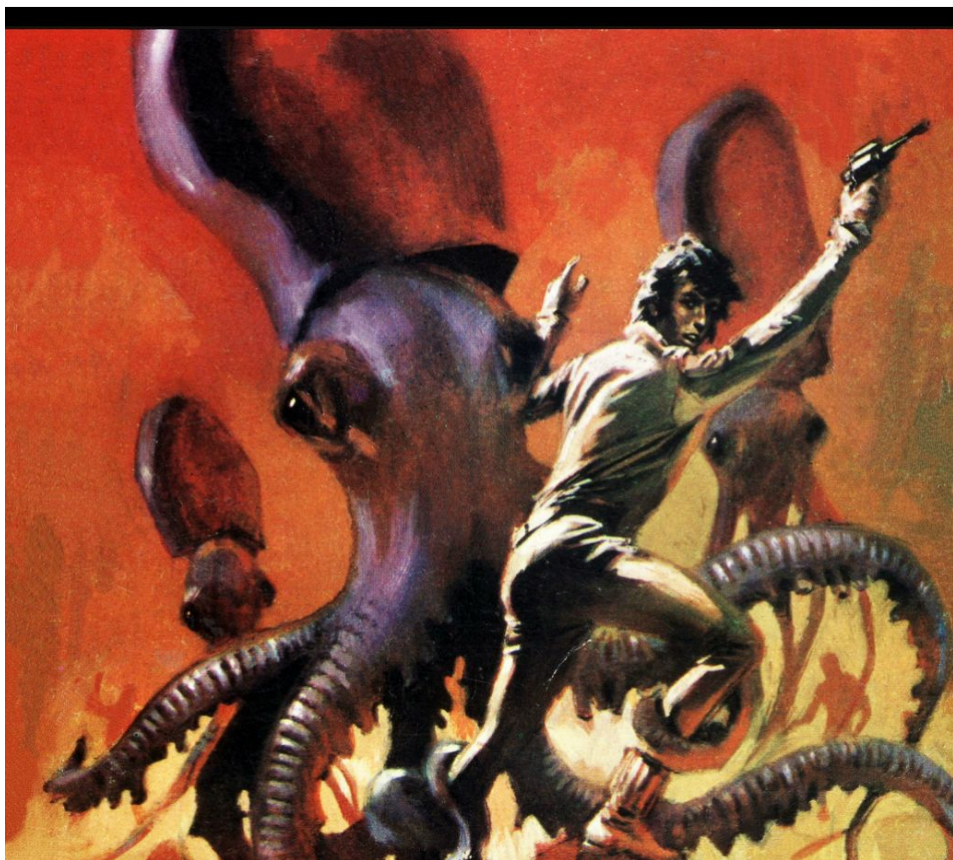
**SORTEO DEL
MILLON**

la conquista
DEL ESPACIO

PELIGRO EN EL "TIERRA-2"

j. chandley

CIENCIA FICCION



**BOLSILIBROS
BRUGUERA**

**SORTEO DEL
MILLON**

**Vea en las últimas páginas
las instrucciones y bases para
participar en el sorteo de UN
PISO Y UN COCHE o, si lo pre-
fiere,**

UN MILLON DE PESETAS

YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos lectores que poseen nervios de acero y no temen traspasar las fronteras de lo irreal y adentrarse en un mundo desconocido, aterrador como una pesadilla, apasionante como la más increíble de las aventuras.

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

- 151 — Saga de dragón — *Curtis Garland*
152 — Último aviso — *Marcus Sidéreo*
153 — Terror en el infinito — *J. Chandley*
154 — El planeta de los hombres perdidos — *A. Thorkent*
155 — Gas neutro — *Marcus Sidereo*

J. CHANDLEY

**PELIGRO EN
EL «TIERRA
2»»**

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 156

Publicación semanal.

Aparece los **VIERNES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES -
CARACAS - MEXICO**

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 24.190 - 1973

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: agosto, 1973

© **J. CHANDLEY** - 1973

texto

© **ALBERTO PUJOLAR** - 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA. S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

**Todos los personajes y
entidades privadas que
aparecen en esta novela,
así como las situaciones
de la misma, son fruto
exclusivamente de la
imaginación del autor,
por lo que cualquier
 semejanza con**

**personajes, entidades o
hechos pasados o
actuales, será simple
coincidencia.**

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera,**
S.A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

CAPÍTULO PRIMERO

—¡Retírate, Charles!

Le gritó imperiosamente el comandante Stephen Spivey al muchacho.

Pero su advertencia llegó tardía o el propio Charles no pudo oírla.

Unos monstruos que más bien parecían pertenecientes a la época antediluviana que a la era actual, irrumpieron en aquella zona y arremetieron contra el pobre muchacho, como feroces alimañas y en pocos segundos, destrozaron la presa para satisfacer su apetito o instinto de maldad.

El comandante se lanzó a cuerpo abierto haciendo uso de su propulsor sónico.

Los monstruos aquellos, especie de cefalópodos de robustos y prolongados tentáculos, estremeciéndose fueron retrocediendo a tiempo que disminuían de tamaño hasta esfumarse del campo visual.

Y de Charles..., ni rastro. Había desaparecido por completo.

Rebuscaron por aquella zona y sólo quedaba la evidencia de la desaparición de un hombre más.

El biólogo Harold Bedell, quedó asombrado de lo que había presenciado.

—Esto es terrible, Stephen.

—Pues estate prevenido que puede suceder, otra vez. ¡Adelante, muchachos!

Sus hombres, desplegados, fueron avanzando por el tupido bosque. Su objetivo, alcanzar el campamento

establecido.

En el bosque imperaba un silencio extraño y una sensación de que el enemigo estaba por todas partes.

Se oyó un silbido peculiar y a continuación un grito de terror:

—¡Ay!

El comandante Spivey y el biólogo Bedell se volvieron en redondo, alcanzando a ver cómo en un claro, otro de los muchachos que se había rezagado, era devorado por aquella especie de pulpos verdosos que se disputaban la presa con fiereza inusitada.

El teniente Tyler observaba el espectáculo paralizado por el horror y fue la voz del comandante quien le hizo reaccionar.

—¡Teniente...! ¿Qué esperas para disparar? ¿Quieres que te merienden?

Un tableteo se dejó oír y aquellos monstruos, tras convulsiones, fueron reduciendo su tamaño hasta desaparecer.

Luego se estableció de nuevo la calma.

—Esto es una verdadera pesadilla, Stephen.

—Lo peor de todo son las bajas que nos originan. Hay que llegar cuanto antes al campamento. Sólo allí estaremos a salvo.

Reanudaron la marcha procurando evitar los claros, puesto que, al parecer, eran los lugares que preferían para sus ataques.

Tras una penosa marcha y con los nervios destrozados, llegaron al campamento al que consideraban su salvación.

Pero allí sólo encontraron desolación y soledad.

Muchos de los que quedaron libres de servicio, habían desaparecido o yacían en el suelo, indefectiblemente todos estrangulados.

Incluso el capitán Cliff, quien había quedado al mando del destacamento, por más que se le buscó no fue hallado.

Dicho campamento estaba protegido por una pared y bóveda de malla altamente resistente. Sólo contaba con un acceso y contra la puerta, materialmente incrustado en la malla, estaba el centinela sin vida.

El comandante Stephen Spivey, comentó apesadumbrado:

—El incumplimiento de las órdenes que di, ahí están las consecuencias.

Y dirigiéndose a los hombres que estaban a su alrededor, todos callados, les dijo:

—Que os sirva esto de ejemplo. El que estaba de centinela se ha aproximado demasiado a la puerta siendo atrapado por los tentáculos. Lo que sucedió a continuación, ya lo podéis imaginar...

Mandó que se efectuara la incineración de los cadáveres, el cierre de la puerta y luego que todo estuvo en orden, se retiraron a los aposentos de campaña que estaban instalados precisamente en el centro del campamento, lejos de la malla protectora.

Para evitar sorpresas, en vez de uno, apostó dos centinelas al cuidado de la puerta de acceso, con la tajante orden de que por nada del mundo se aproximaran a ella.

Luego se retiró a su aposento para redactar el informe, que resultaba de lo más desolador e

inoperante.

Estaba en este menester cuando le pareció notar algo raro.

Se volvió y un tentáculo verdoso estaba penetrando en su tienda.

No lo dudó un instante, cogió un hacha que tenía al alcance de su mano y de un fuerte golpe cercenó el tentáculo.

Acto seguido se dejó oír un aullido infrahumano y de la parte cortada manaba un líquido viscoso.

Cogió su propulsor sónico, disparó pero no le alcanzó. Había desaparecido en la oscuridad de la noche y a través de la puerta de acceso que estaba abierta.

Llamó a su gente y nadie le respondió. Miró en sus alojamientos y estaban medio ahogados, pero comprobó que se iban recuperando.

Fue en busca del biólogo Harold Bedell, pero éste había desaparecido, ni rastro de él.

El comandante recordaba perfectamente que la puerta de acceso estaba cerrada, luego era evidente que alguien del campamento facilitara la entrada, puesto que solamente de dentro era posible abrirla.

Llamó al teniente Tyler, quien se presentó al momento bastante recuperado.

—¿Qué ha pasado, teniente?

—Lo ignoro. Sólo sé que un tentáculo rodeó mi garganta ahogándome, para luego sumirme en la inconsciencia.

—Triplica la vigilancia. Los demás muchachos que descansan.

—A la orden, señor.

* * *

Stephen Spivey había sido mandado a aquel planeta artificial, orgullo de la ciencia, que servía de trampolín para viajes interplanetarios, puesto de auxilio y vigilancia en el espacio y que de un tiempo a esta parte estaba amenazando de ser usurpado.

La obra fue titánica. Grandes naves fueron transportando material, constituyendo una estructura de proporciones gigantescas.

Infinidad de meteoritos fueron prácticamente cazados en el espacio y fijados en la estructura por un procedimiento de fusión, de forma que aquella inmensa mole fue adquiriendo solidez, tomando la forma de un planeta corriente que se agrandaba más y más.

Se originó una atmósfera artificial y una vez conseguido esto, se transformaron millones y millones de toneladas de tierra para recubrir grandes zonas, tierra tratada con fertilizantes de gran poder reproductivo.

Las plantaciones efectuadas, dieron los resultados apetecidos. En poco tiempo los bosques ocupaban gran parte del planeta artificial, y, en consecuencia, se fue formando una atmósfera natural, similar al planeta Tierra.

Se consiguió una estructura y características tan perfectas, que fue bautizado con el nombre de «Tierra 2».

Las instalaciones con que contaba, eran de las más avanzadas y los servicios prestados cuantiosos.

Frecuentemente era visitado por seres pertenecientes a otras galaxias que quedaban maravillados de hallar aquel oasis en el espacio infinito.

En «Tierra 2» existían representaciones oficiales de diversos planetas y era centro de continuos congresos de todas las ramas de la ciencia.

Pero de un tiempo a esta parte se estaban produciendo unos hechos que, de llegar a dominio público, redundarían en desprestigio del «Tierra 2», y lo que era más grave, la pérdida de su dominio y la seguridad en el espacio.

Estos hechos, como medida preventiva, se habían silenciado y la operación de atajarlos se llevaba en el más celoso de los secretos.

Quienes fueran los empeñados en dominar el «Tierra 2», los que controlaban aquellos monstruos, sabían que la existencia de aquel planeta artificial dependía primordialmente de sus bosques, de su vegetación.

De ahí la destrucción paulatina de los mismos y la destrucción masiva de quienes se opusieran.

Ya habían sido aniquiladas varias misiones mandadas a anular aquellos desmanes, y a la gravedad del caso lamentable de la pérdida de vidas humanas, venía a añadirse que no se había adelantado un ápice en aquel asunto.

A todas las expediciones se les exigía un juramento de silencio absoluto, así como debían permanecer en el

bosque en un campamento secreto.

El comandante Stephen Spivey, al igual que sus hombres, pertenecían a un cuerpo especializado, cuyos componentes estaban adiestrados de tal forma que lo mismo eran capaces de pilotar una cosmonave que componer un sencillo interruptor.

Los responsables del «Tierra 2» le expusieron al comandante la situación y aceptó la misión con la condición de que se le diera todo lo necesario.

Y así fue. Bajo la supervisión del comandante, fueron trasladados a aquel campamento de simple apariencia, todo lo necesario que en un momento dado pudiera hacerle falta, tal como vehículos especiales, pertrechos de toda índole y hasta de una nave espacial del tipo pequeño, pero de gran movilidad y potencial ofensivo.

Él y sus hombres tenían que valerse por sí mismos, no podían contar con el apoyo de los demás, no quedándoles otra alternativa que triunfar o sucumbir en su empeño.

Todos ellos sabían a lo que se exponían desde el momento que ingresaban en aquel cuerpo, que se conocía con el sobrenombre del «Batallón de la Parca» y al que se recurría en todos los casos que presentaban dificultad relevante.

El sobrenombre era debido a que en su cuadro de honor, figuraba una interminable lista de nombres pertenecientes a los que habían dado sus vidas, sacrificadas en beneficio del bien de los demás.

La misión específica, la consigna actual, era terminar de una vez con aquel estado de cosas,

devolviendo la seguridad y tranquilidad de aquel punto avanzado del espacio.

CAPÍTULO II

A la mañana siguiente, tan pronto amaneció, el comandante ya estaba de pie.

Escogió a cuatro de sus hombres y con ellos salió del campamento.

El teniente Tyler, con los demás, quedaron allí para evitar la repetición de cualquier incursión.

El comandante Stephen Spivey les recomendó a los que componían la patrulla:

—No os separéis. Evitaremos en lo posible los claros, pero estad dispuestos a todo.

Así lo hicieron, formaban un grupo compacto tras su comandante, que iba siguiendo unas huellas viscosas.

De vez en cuando, encontraban un árbol completamente deshojado, señal evidente que había sido atacado, como otros muchos, para su destrucción.

Llegaron a un claro en que las huellas proseguían.

El comandante les hizo una seña para que se pararan y luego les dio a entender que iba a dar un rodeo.

Todos los claros que se presentaban, antes eran ocupados por frondosa arboleda.

Caminaban en el más absoluto de los silencios, sin hacer el menor ruido para no denunciar su presencia.

Cuando estuvieron en la parte opuesta, rebuscaron por allí y al cabo de un rato dieron de nuevo con las huellas tras las cuales iba el comandante.

Este les indicó que prosiguieran y con el mismo

sigilo fueron caminando.

Llegaron a otro claro más extenso. Allí la destrucción de árboles había sido muy considerable.

Hicieron la misma operación que en el anterior, pero la búsqueda resultó infructuosa por más que miraron.

El reguero viscoso no salía de allí.

En voz baja, les comunicó el comandante:

—Voy a ir hasta donde llegan las huellas.

—Pero comandante, si sale al claro se expone...

—Vosotros tratad de cubrirme y si las cosas se ponen mal, procurad salvar vuestros pellejos. El teniente Tyler tiene instrucciones.

Regresaron al lugar en que el líquido viscoso se introducía en el claro.

Los cuatro muchachos tomaron posiciones con el dedo en el disparador para acudir inmediatamente en auxilio de su comandante.

Stephen ya estaba completamente al descubierto mirando al suelo y a su alrededor, dispuesto también a entrar en acción si se presentaba cualquier anormalidad.

Siguió adelante hasta unos matorrales no muy altos y situados casi en el centro de aquel claro.

Hasta allí llegaba el reguero que fue dejando aquel monstruo herido y por más que miró a su alrededor, no halló rastro alguno.

Un tenue zumbido que fue ganando en intensidad, hizo que Stephen abandonara la búsqueda y fuera a reunirse con sus muchachos.

Miraron hacia arriba de sus cabezas y un punto

brillante iba aumentando de tamaño.

Momentos después pudieron identificar aquel objeto volador. Se trataba de una astronave de tipo mediano, de un modelo desconocido para ellos y sin ningún signo o sigla por la que se pudiera saber su procedencia.

Fue a posarse en medio de aquel claro y a los pocos segundos, la zona comprendida desde los matorrales hasta casi al mismo borde que ocupaban los árboles, basculó dejando al descubierto una rampa por la que se deslizó la astronave.

Una vez perdida de vista, el terreno tomó su primitiva posición.

Stephen y los muchachos se miraron entre sí, como diciéndose que la cosa estaba clara, que allí tenían la guarida.

Iba a dar la orden de retirada, cuando un sexto sentido le advirtió que un peligro les acechaba.

Con disimulo miró hacia la copa de los árboles próximos a ellos y descubrió que unas sombras se movían, procurando permanecer ocultas entre el follaje.

Casi con un susurro, les indicó a los componentes de la patrulla,

—No os mováis, permanecer quietos y atentos. Estamos vigilados desde las copas de los árboles que nos rodean. En seguida que haga uso del propulsor, me imitáis, pero acto seguido desplazaros de lugar. ¡Ahora!

Unos tenues tableteos se dejaron oír y de las copas de los árboles, cayeron seis cuerpos pesados.

El comandante Stephen y sus hombres, cambiaron inmediatamente de posición.

Esto les salvó la vida, puesto que una explosión se produjo a los pocos segundos y precisamente en el lugar que ocupaban momentos antes.

Comenzaron a oírse chasquidos que iban segando las hojas de los arbustos que les protegían.

El pretender levantar la cabeza, hubiera sido buscar una muerte segura.

Y tenían que hacer algo y rápido, si querían salir de aquella emboscada.

Stephen Spivey no lo dudó un momento, ordenando a dos de sus muchachos:

—Philips y Michel, instalar los propulsores de entretenimiento y con doble carga.

Los aludidos se desprendieron de unas armas que llevaban consigo, similares a las que empuñaban, aunque más abultado el cargador y el cuerpo posterior de lo que podría denominarse culatín.

En un momento las fijaron sólidamente al suelo por mediación de un soporte que llevaban adicionado, permitiendo al arma un movimiento de derecha a izquierda y de arriba abajo.

Estas armas tenían una particularidad que, en el caso presente, era de primordial utilidad.

Una vez fijadas y puesto el dispositivo en marcha, poseían un cerebro electrónico en miniatura que apuntaba y disparaba sobre cuanto se movía en un campo horizontal de ciento ochenta grados y vertical de cuarenta y cinco grados, haciéndolo con gran eficacia y precisión.

Esto permitía que el enemigo fijara su atención hacia donde partían los disparos, permitiendo a los que las habían emplazado escabullirse de la situación comprometida. De ahí el calificativo de entretenimiento.

Y había algo más. Cuando su potencial de fuego había sido agotado, se convertía en una auténtica bomba que estallaba al ser alcanzada por algún disparo o se la variaba de posición al pretender apoderarse de ella.

La experiencia le había demostrado al comandante Stephen Spivey, que su utilización resultaba de gran eficacia y por ello las hacía llevar cuando salían a efectuar algún reconocimiento, lo que les permitía doble potencial ofensivo y más probabilidades de éxito.

Mientras instalaron los propulsores de entretenimiento, el comandante y los otros dos muchachos, Peter y Arthur, ocuparon una posición lateral para cubrir a Philips y a Michel la retirada.

Cuando estos últimos se reunieron con el comandante, las armas entraron en funciones.

Los emboscados centraron el fuego hacia donde partían los disparos y de los matorrales que estuvieron momentos antes, apenas si quedaba lo suficiente para ocultar las armas allí emplazadas que seguían funcionando a la perfección.

Esto les permitió efectuar un amplio desplazamiento lateral y posteriormente descubrir la posición del enemigo.

Se trataba de hombres con una indumentaria

oscura y ajustada que les cubría hasta la cabeza en forma de casco.

Efectuaban un movimiento envolvente para copar la posición en que estaban emplazadas las armas y que, naturalmente, ellos imaginaban con sus correspondientes servidores.

Stephen les permitió el paso y cuando lo consideró oportuno, ordenó:

—¡Disparad!

La sorpresa fue enorme para aquellos que consideraban el éxito al alcance de su mano.

Los que no yacían en el suelo, huyeron despavoridos hostigados por el comandante y sus muchachos.

Pero al efectuar sus descargas, denunciaron su posición y sobre ellos silbó una lluvia de proyectiles que, por verdadero milagro, no les dejaron muertos.

El apoyo de aquella patrulla de hombres oscuros, hizo que se reagruparan los que habían sido sorprendidos por el comandante y los suyos.

Stephen se hizo inmediatamente cargo de la situación. Tenía que actuar sin demora, si no quería caer en manos del enemigo que por momentos era más numeroso.

Ordenó emplazar otros dos propulsores de entretenimiento, mientras se defendían rabiosamente sin permitir el acercamiento de los que pretendían rodearles.

Un nuevo contratiempo se sumó a aquella situación, ya de por sí delicada.

Philips había sido alcanzado por un disparo y se

desangraba, apenas si podía caminar.

El comandante Spivey le aplicó una cura de urgencia, diciéndole:

—Animo, Philips, tenemos que salir de aquí.

—No puedo, comandante. Resultaré un engorro...
Déjeme y sálvense ustedes.

—De ninguna de las maneras. O todos o ninguno.

En estos momentos, dijo Arthur:

—Comandante, los propulsores de entretenimiento están listos.

—Ponerlos en acción y saltemos a otra posición.

Así lo hicieron, pero antes el mismo comandante cogió a Philips y se lo cargó al hombro.

Abandonaron el lugar que ocupaban para tomar una posición más favorable.

Los perseguidores centraron su atención en aquellos dos puntos de donde partían los disparos.

Cerca del lugar donde estaban agazapados, pasaban cuatro hombres oscuros.

Peter se disponía a dispararles y abatirlos, pero el comandante, de un manotazo, le bajó el arma impidiéndole que lo hiciera.

Todos comprendieron la acertada decisión de su comandante, puesto que aquellos cuatro hombres de oscuro pasaron de largo obsesionados en atacar la posición de donde partían los disparos por la espalda.

De haber dejado fuera de combate a aquellos que pasaron tan cerca de ellos, hubieran denunciado su presencia y lo más probable era que les acosaran.

Stephen Spivey sabía que los atacantes eran numerosos y con un herido en sus filas, la situación

era más que delicada.

Mientras tanto, el primer par de impulsores de entretenimiento, todavía estaba funcionando, que sumados a los últimos, obligaba al enemigo a que se mantuviera ocupado y por lo tanto, tener un poco más de libertad de acción.

Por el camino que tomaron aquellos cuatro oscuros, el comandante sospechó que no tardarían en dar con el lugar del emplazamiento, descubriendo que allí no había nadie de ellos y que las armas funcionaban por si solas.

Además, de haber seguido haciéndoles frente, se hubieran encontrado con el problema de quedarse sin repuestos para sus armas y todavía les quedaba un buen trecho para llegar al campamento e ignoraban lo que podrían encontrar por el camino.

Sigilosos al principio hasta salir de aquella zona peligrosa y más ligeros después, emprendieron la retirada.

Ya habían andado un buen trecho cuando llegaron hasta sus oídos dos fuertes explosiones.

La sospecha del comandante Stephen Spivey se hizo una realidad.

Los cuatro hombres oscuros prosiguieron su camino para copar el puesto de donde se efectuaban los disparos y su sorpresa fue enorme cuando descubrieron que no había ningún servidor a cargo de aquellas armas que disparaban solas y con gran efectividad.

Se acercaron más sin poder dar crédito a lo que estaban viendo y después, el que parecía jefe de

aquella patrulla, reaccionando pretendió parar el mecanismo de disparo para que no siguiera causando bajas.

Sí que lo logró, pero como desconocía el dispositivo de seguridad, aquellas dos armas se convirtieron en auténticas bombas que al estallar les dejaron fuera de combate.

Michel, comentó:

—Ya han estallado las dos primeras.

A lo que repuso Stephen:

—No, yo más bien diría que han sido las dos últimas.

—¿Por qué supone esto, comandante?

—Por el camino que llevaban aquellos que han pasado cerca de nosotros y que Peter estuvo a punto de liquidarlos.

El aludido bajó la cabeza un poco avergonzado, consciente del desastre que hubiera acarreado el delatar la presencia del grupo.

El comandante se dio cuenta de ello y le animó:

—No te preocupes, Peter. Tu reacción era la normal. De todos modos, se han llevado su merecido.

Más tarde pudieron escuchar dos explosiones mas amortiguadas por la distancia.

Los cuatro hombres podían caminar con cierta tranquilidad, turnándose en llevar a Philips, cuya hemorragia habla sido cortada.

No por ello descuidaban la vigilancia por la posible presencia de aquellos monstruos, evitando a toda costa cualquier claro que se les presentara en el camino.

Agotados por el cansancio físico y la tensión

pasada, por fin llegaron al campamento hospitalizando a Philips, cuya herida, afortunadamente, no era de la consideración que se temió en un principio.

CAPÍTULO III

Sólo llegar al campamento el comandante Spivey dio las órdenes oportunas para preparar el ataque a aquella zona donde vieron ocultarse a la nave y donde tuvieron que detenerse de aquella legión de hombres oscuros.

Entretanto, mantuvo una entrevista con Tyler.

—Teniente Tyler, ¿se ha sabido algo del biólogo Harold Bedell?

—Nada, comandante. Lo más probable es que haya sido devorado por esos monstruos.

—Hay una cuestión a la que no encuentro explicación alguna, Tyler. ¿Cómo estando el campamento cerrado fue invadido por los monstruos?

—También me he hecho esta pregunta, puesto que yo mismo me cercioré que la puerta de acceso estaba bien cerrada.

—Pues en este caso, alguien de aquí dentro la abriría.

—No sé qué decirte, comandante. Si ha sido tal como dices, lo han disimulado muy bien, puesto que el mecanismo de cierre está destrozado.

—Pero sabes bien que dicho cierre únicamente podía abrirse por la parte de dentro, si se dispuso el sistema de esta forma.

—En efecto, así fue, puesto que, como he dicho anteriormente yo mismo lo revisé.

—¿Y si alguien lo ha averiado?

—Imposible, los centinelas...

Le atajó Stephen:

—No lo puedes saber, puesto que han desaparecido también.

—Sí, claro. ¿Tú crees, comandante, que tengamos algún traidor en nuestras filas?

—No puedo confirmar categóricamente que así sea. Únicamente me limito a señalar las causas que han concurrido con los hechos y éstos han sido bastante nefastos.

—Sí, desde luego.

—El pobre Harold... Me voy a ver en un trance penoso tenérselo que comunicar a su esposa Caroline... Y también lo del capitán Cliff...

—Sí que es lamentable. No quisiera estar en tu lugar.

Stephen quedó pensativo en el recuerdo de sus amigos y camaradas, sobre todo en Harold, adscrito al cuerpo especializado del «Batallón de la Parca» para el estudio de aquellos fenómenos que destruían los árboles y cuyos estudios los tenía muy avanzados.

Recordó también a la dulce Caroline y de rechazo a Julie, hermana de la esposa de Harold, y por la que estaba muy interesado.

Anteponiendo el cumplimiento del deber a sus sentimientos afectivos, prosiguió con el teniente:

—De todos modos, hay que vigilar el comportamiento del personal y que no entre ni salga nadie. Es de suponer que el sistema de cierre has mandado repararlo, ¿no?

—En efecto, ya se hizo al instante.

—Así me gusta, que seas rápido en solucionar las

cosas. Y una advertencia, tenlo todo preparado por si necesito tu ayuda.

—¿Por qué no me llevas contigo, Stephen? Me dejas aquí confinado como algo inútil.

—Ni mucho menos, Tyler. Sabes que contaba con la colaboración del capitán Cliff quien estaba a cargo del campamento, pero al desaparecer, no te queda más remedio que encargarte tú.

Tyler, ante los razonamientos de su comandante, no tuvo más remedio que callarse, desistiendo de su petición que por otra parte sabía que sería inútil su empeño en doblegar una decisión de su superior.

Luego de darle las instrucciones concretas, pasó a interesarse por Philips.

—¿Cómo va eso, muchacho?

—Bien, señor. Ya casi restablecido y podría ir con usted...

—Un poco de calma, Philips. Se ve que te ha gustado el paseo a hombros de los demás. ¿No es eso? Te advierto que ya no eres un bebé y pesas lo tuyo.

—Siento que les causara molestias.

—No digas tonterías. ¿Acaso tú no hubieras hecho lo mismo?

—Sin lugar a dudas.

—Entonces a estarte quietecito y a restablecerte pronto. Ahora te dejo que tenemos que ir a dar su merecido a esos.

—¿Comandante?

—Sí

—Lléveme con usted y la patrulla. Yo...

—Ni hablar, tú te quedas aquí. Ya tendrás

ocasión...

—Es que...

—Sí, hombre, sí... No padezcas que no pondré a otro en tu lugar, seguirás formando parte de la patrulla. ¿Es eso lo que querías decirme?

El rostro del herido se iluminó y apenas si pudo balbucear emocionado:

—Sí, señor.

Stephen le sonrió y dándole una palmadita a guisa de despedida, se fue de allí.

Mientras caminaba hacia el emplazamiento subterráneo, pensaba en la lealtad de aquellos cuatro muchachos con los que, en varias ocasiones, había participado juntos en cometidos bastante arriesgados y a los que consideraba como su guardia personal.

* * *

Cuando el comandante Stephen Spivey llegó a la gran sala subterránea, donde se cobijaban los vehículos y material en zona acotada del campamento, todo estaba dispuesto.

Aprovechando la estructura de aquel planeta artificial, a modo de inmensa colmena, fueron vaciados varios compartimientos permitiendo, con ello, tener a buen recaudo cuanto les hacía falta, sin tener que estar expuesto en la superficie a expensas de cualquier ataque y su consecuente destrucción.

Estaban listos cuatro vehículos de los denominados de reconocimiento, con capacidad para cinco hombres y provistos de un eficiente poder ofensivo.

Los muchachos estaban formados frente al vehículo que tenían que ocupar, manteniéndose al frente de ellos el jefe de patrulla.

En el vehículo que ostentaba el número uno, el que ocuparía el comandante, frente al mismo únicamente habían tres hombres: Peter, Arthur y Michel.

Stephen les dijo a todos en general:

—Por vuestros jefes de patrulla ya habéis sido informados de la misión que vamos a emprender. Espero que todo esté claro. ¿Alguna duda?

Nadie preguntó y en vista de lo cual, el comandante ordenó:

—Ocupar vuestros puestos y listos para partir.

Cuando el personal se hubo acomodado en sus respectivos vehículos, Stephen se dirigió al suyo.

Acto seguido el techo de aquella sala se deslizó lateralmente, dejando una abertura suficiente para el paso de los vehículos.

Lo mismo sucedió en la malla exterior que cubría todo el campamento.

Sin apenas hacer ruido, uno tras otro se fueron elevando y cuando el último abandonó aquel lugar, todo volvió a su posición primitiva.

Volaban rozando las copas de los árboles y desde aquella altura se podía apreciar la acción destructiva que llevaban a cabo aquellos que amenazaban con anular la fuente principal de la natural atmósfera.

Sabían que de la supervivencia forestal dependía la existencia del planeta artificial y, por lo visto, en ello cifraban la consecución de sus fines, en esto y en la presencia de aquellos monstruos para sembrar el terror

y la destrucción.

En formación escalonada iban aproximándose más y más a aquel lugar donde se desarrollaron los acontecimientos últimos y que le condujo al comandante el rastro que dejó tras de sí el monstruo que le hirió.

Llegaron a la zona que les interesaba.

Describieron un amplio círculo para tratar de descubrir algo, mas aquello estaba desértico, ni monstruos, ni hombres oscuros.

En sus evoluciones tampoco fueron atacados, por lo que Stephen comunicó:

—Comandante a vehículos. Número dos seguirá al uno para tomar tierra. Tres y cuatro, permanecerán en el aire de vigilancia y apoyo en caso necesario.

Cada jefe de patrulla fue respondiendo haber captado el mensaje y posteriormente Stephen inició el descenso y cuando se posó efectuó la misma maniobra el vehículo número dos.

Antes de salir, escudriñaron los alrededores sin descubrir señal alguna que indicara la presencia de alguien.

Michel se hizo cargo del vehículo y Stephen Spivey, junto con Arthur y Peter, echaron pie a tierra.

Posteriormente se les unieron los otros cuatro del vehículo número dos, que se había estacionado a una prudencial distancia del que tripulaba Michel.

Ambos vehículos estaban situados frontalmente hacia el lugar que estaba el comandante con sus hombres inspeccionando la zona y con las armas dispuestas por si era necesario su apoyo.

El comandante Spivey, les comunicó:

—Hay que registrar palmo a palmo este sector hasta dar con el sistema de apertura en que desapareció la nave.

Les llevó mucho tiempo aquel menester, sin dar con lo que buscaban.

—Comandante. ¿Y si volamos esta zona?

—Demasiado ruido, Peter. No nos conviene armar escándalo, aunque mucho me temo que por aquí no haya nadie.

—¿Entonces?

—Pero no lo sabemos con certeza y en ese caso lo mejor es volver a empezar fijándonos mejor.

Se situaron de nuevo donde iniciaron el recorrido. Cualquier irregularidad en el suelo era examinada.

Algo adelantaron en esta ocasión y fue el descubrir una ranura que formaba un cuadro de grandes dimensiones en el mismo suelo.

Stephen, afirmó:

—Esta es la abertura, pero hay que hallar el mecanismo que la mueva.

Prosiguieron la búsqueda y el desaliento estaba a punto de inclinar al comandante hacia la utilización de un medio más expeditivo, o sea lo que apuntó a Peter.

Pero algo en un tronco de un árbol llamó la atención de Stephen y fue una hendidura en la corteza de forma circular, como de diez centímetros de diámetro.

Se aproximó más y ya no le quedaron dudas de que allí se ocultaba algo.

Lo tanteó, comprobando que se movía y tras dos o tres intentos, logró desprender aquella tapa, quedando al descubierto una palanquita.

Estuvo dudando en accionaria, puesto que pensó que igualmente podía tratarse de una trampa y al cambiarla de posición salieran por los aires hechos pedazos.

Llamó a los demás:

—¡Eh, muchachos! Venir aquí. He encontrado algo.

Acudieron presurosos y Peter preguntó:

—¿Cree, comandante, que puede ser el sistema que accione la forma de apertura o...?

—Ahí está el problema. Compruebo que compartimos el pensamiento. En efecto, podría ser que esté relacionado con algún elemento explosivo. Por lo tanto, vamos a averiguar a dónde conduce esta conexión.

Fueron levantando la corteza del árbol, quedando al descubierto unos hilos que se dirigían hacia el suelo.

Una vez en el suelo, prosiguieron la pista, que les condujo al borde de aquel enorme cuadro que habían delimitado.

Stephen, comentó:

—Bueno, esto puede darnos cierta garantía y con un margen de seguridad, puesto que desde donde está instalada la palanquita, hasta aquí, existe un espacio que nos permitirá ponernos a cubierto de cualquier explosión.

Retrocedieron a donde estaba instalada la palanca y una vez allí el comandante les indicó:

—Poneros a cubierto, por si acaso. Vamos a salir

de dudas de una vez.

Los latidos del corazón les repercutían en la cabeza, cuando vieron a su comandante que todo decidido, sin titubeo alguno, posaba su mano sobre la palanquita motivo de su común zozobra.

La respiración de todos, incluida la del mismo Stephen quedó en suspenso al iniciar la variación de la posición de la palanca.

Por el momento no hubo explosión alguna, pero instantes después el terreno comprendido dentro del cuadro, fue elevándose basculando en uno de sus lados.

Arthur, manifestó gozoso:

—¡Hurra...! Lo ha conseguido, comandante.

Y todos se lanzaron hacia aquel espacio abierto, excepto Stephen que estaba manteniendo bajada la palanca, puesto que si la dejaba volvía a su posición primitiva.

En eso unos silbidos extraños se dejaron oír y por la abertura aparecieron tentáculos ansiosos de atrapar su presa.

Stephen fue a subir la palanca, pero en esta ocasión había quedado bloqueada y la plataforma aquella se iba abriendo más y más.

—¡Atrás...!

Les gritó a los muchachos paralizados por la inesperada presencia de los monstruos.

Pero aun y así, uno de ellos fue atrapado por un tentáculo, abalanzándose sobre el desgraciado joven los demás monstruos para sacar su parte.

Esto permitió al resto de la patrulla ponerse a salvo

y reunirse con su comandante.

De la abertura, cada vez más amplia, comenzaron a salir más monstruos ansiosos de cobrar nuevas piezas.

Michel y el servidor del vehículo número dos, nada podían hacer puesto que el comandante y la patrulla se encontraban en su línea de tiro y podían alcanzar a sus mismos compañeros.

Stephen comprendió demasiado tarde que habla caído, como el más simple incauto, en la trampa que le habían tendido.

Comenzó a disparar su propulsor y los demás le imitaron. Consiguieron detener la primera avalancha, pero seguían saliendo más y más.

—No paréis de disparar y desplazémonos a la izquierda. De este modo los vehículos podrán actuar libremente.

Trabajosamente, por ser acosados de forma continua, consiguieron ocupar una posición alejada de la abertura.

Entonces el comandante Stephen Spivey, comunicó:

—¡Atención, vehículos uno y dos! ¡Fuego a discreción!

Comenzó a oírse el estruendo de las armas de a bordo.

Los monstruos iban sucumbiendo bajo el fuego concentrado y taponando la misma salida que había dejado la plataforma al elevarse.

Pero a medida que iban reduciéndose de tamaño hasta desaparecer, eran sustituidos por otros tantos que pugnaban por alcanzar la explanada.

En tanto, el comandante y los muchachos que estaban con él, se encargaron de aniquilar a los que habían escapado en principio.

Aquello era una pesadilla. Parecía que jamás terminarían de aparecer aquellos raros cefalópodos y por todas partes veían infinidad de tentáculos.

Por fin los disparos fueron espaciándose y no se vieron monstruos de aquellos por aquel lugar.

Parecía que todo había sido una fantasía de sus mentes calenturientas, puesto que de los gigantescos pulpos no quedaba ni rastro.

CAPÍTULO IV

Cuando todo quedó en calma, Stephen Spivey, ordenó:

—Michel, aproxímate con el vehículo y el dos que venga también.

Atravesaron la explanada hasta llegar a donde estaba el comandante con los demás componentes de la patrulla.

Subieron a los vehículos y el comandante, comunicó:

—¡Atención tres y cuatro! Descender y ocupar la posición en que estaban el uno y el dos.

Contestaron haber recibido la orden y cuando estuvieron emplazados donde les indicó Stephen, éste estableció comunicación general para exponerles:

—Vamos a explorar lo que se encuentra ahí dentro.

El vehículo número dos quedará a la entrada, a la iniciación de la rampa, para tener un apoyo más directo en caso necesario. ¿Entendido?

—Sí, señor —contestó el número dos.

—Los tres y cuatro permaneceréis ocultos y atentos ante la posible aparición de alguna nave y prevenirnos de su presencia.

—Recibida orden el tres.

—Recibida orden el cuatro.

Tripulando Stephen el vehículo número uno y seguido del dos, llegaron al borde de la rampa donde quedó estacionado el dos tal como había ordenado.

El uno fue descendiendo en solitario.

La pendiente terminaba en una sala que muy bien podía servir de hangar, dadas sus dimensiones.

Estaba completamente desértica.

A sus laterales habían algunas puertas, por lo que Stephen descendió del vehículo y se dirigió a la que tenía más cerca.

Peter y Arthur le siguieron.

Con las armas a punto y a cada lado de la puerta, Stephen fue abriéndola con precaución, para terminar de hacerlo de golpe.

Aquella estancia estaba amueblada con toda clase de comodidades, con dependencias a su alrededor, propias de una vivienda colectiva.

Pasaron a otra puerta e hicieron la misma operación. Lo que descubrieron en el interior fue un completísimo laboratorio.

En una estantería habían unas cuantas cajas de tamaño pequeño y maquinalmente Stephen cogió una, la miró indiferente y se la guardó junto con otra para posterior investigación. Hizo otro tanto con unos pequeños frascos precintados.

Abrieron otra puerta. Allí estaba ocupado por lo que podría denominarse un taller de reparaciones con toda clase de modernas maquinarias.

En otra hallaron la sala de comunicaciones. Stephen y sus muchachos estuvieron un rato allí por si algún aparato funcionaba.

Pero allí no hubo señales de nada, por lo que decidió pasar a otra estancia.

Esta era el arsenal. Habían varias armas ligeras con sus correspondientes dotaciones de munición, así

como explosivos.

El comandante Stephen Spivey comprobó que pertenecían al tipo corriente, a como las que estaban pertrechados los encargados de mantener el orden.

Ya no encontraron nada más digno de mención, salvo la particularidad de que todo ello estaba abandonado, si no contaban con la presencia de aquellos monstruos desatados al abrir la plataforma y que fueron aniquilados.

Consideró el comandante dejar aquel recinto y regresar al campamento.

En un principio, luego de investigar todo aquello, pensó ordenar su voladura, pero posteriormente decidió conservar la construcción como prueba que respaldara su informe o incluso para una posible utilización.

Así pues, ocuparon el vehículo e iniciaron la salida. Una vez fuera, dio la orden de despegue rumbo al campamento.

Ya habían tomado altura, cuando una terrible explosión se originó.

Stephen sospecho de lo que se trataba, por lo que virando en redondo fue a sobrevolar donde estuvieron momentos antes.

En efecto, sus sospechas se vieron confirmadas al descubrir un cráter en lo que antes era una explanada ocultando unas instalaciones subterráneas.

Michel, comentó:

—Si nos descuidamos un poco, comandante...

—En efecto, nos hemos librado de una buena.

Peter, expuso:

—Lo que no me explico, es cómo no ha volado antes.

A lo que le contestó Stephen:

—Seguramente a un fallo de cálculo de tiempo en el dispositivo de retardo. Puede ser que ellos imaginaran que nos entretendríamos en evacuar todo el material que habían abandonado y pillarnos a todos, como vulgarmente se dice, con las manos en la masa.

* * *

Al llegar al campamento, le esperaba una sorpresa y así se lo comunicó gozoso el teniente Tyler:

—Comandante, han aparecido el biólogo Harold Bedell con diez muchachos a los que se dieron como bajas.

—¡No me digas!

—Pues así es. Menos mal que no le comunicaste a su esposa la desaparición...

—Sí que me quitas un gran peso de encima. ¿Y dónde está ahora?

—En su alojamiento descansando. Ha venido muy fatigado.

—¿Y cómo ha sido eso?

—Pues los centinelas me comunicaron que alguien se aproximaba al campamento y tomé las precauciones pertinentes ante una posible emergencia.

—Hiciste bien.

—Al cabo de un rato aparecieron ante la puerta de acceso, medio exhaustos, Harold y los diez muchachos.

El comandante Stephen Spivey y el teniente Tyler

fueron caminando hacia el alojamiento del primero.

Mientras tanto, los vehículos fueron descendiendo a los hangares subterráneos.

—¿Qué ha contado Harold?

—Pues ha dicho que fue sorprendido por uno de esos monstruos y trasladado, junto con otros muchachos, a un lugar desconocido, haciéndose cargo de ellos unos hombres vestidos de oscuro hasta la cabeza.

—Sí, ya los conozco. ¿Qué más?

—Les encerraron en una estancia subterránea, en la que, por casualidad descubrieron un pasadizo que, por lo visto, era ignorado de quienes les mantenían prisioneros.

Tras una pausa en que sorbió un poco de líquido que le había servido el comandante, Tyler prosiguió:

—Decidió explorar el pasadizo, comprobando que era ascendente y daba al exterior, disimulada la salida por unos matorrales.

—¡Ya!

—Aprovecharon la oscuridad para evadirse y tras vagar perdidos por el bosque, al fin dieron con el campamento. Y eso es todo.

—Me alegro que haya tenido esa suerte. Ya iré a verle cuando haya descansado.

—¿Y cómo te ha ido la incursión, comandante?

Stephen le fue relatando las peripecias pasadas, cuanto descubrió y el final de todo.

—Bueno, pues la cosa está clara. Por lo visto han desistido en su empeño de apoderarse del «Tierra 2».

—No lo veo tan claro como tú, Tyler.

—¿Por qué; si no? Han abandonado su madriguera, ¿no es eso?

—Precisamente por eso. Unas instalaciones costosas con todo su equipo, no se abandona o destruye así como así.

—¿Qué quieres decir, comandante?

—Que persiguen un fin determinado y esto sólo es una estratagema para que se les deje tranquilos durante un tiempo.

—¿Tú crees?

—A mi modo de ver, hay unos hechos relevantes en los que baso mi teoría.

—¿Puedo saberlos?

—Naturalmente. Primero: se saben descubiertos por la incursión que hice con los muchachos de mi patrulla siguiendo el rastro que dejó tras de sí el monstruo que herí. Al vernos por aquellos alrededores, tratan de aniquilarnos por todos los medios sin conseguirlo.

—Eso es verdad.

—Segundo: temen de que volvamos y encierran allí gran número de monstruos para que nos destrozaran y su empeño no les sale según tenían planeado.

—Todavía no comprendo.

—Espera, aún hay otros puntos.

—Veamos.

—Tercero: las instalaciones han sido abandonadas con todos sus pertrechos, cuando hubieran tenido tiempo de desmantelarlas. Y cuarto: la explosión destruyéndola, cuando lo más lógico es que hubieran empezado por ahí. Aunque esto último quizá pensaron

que se produciría cuando estuviéramos allí.

—¿A qué conclusión has llegado?

—A la que todo ha sido planeado para dar a entender lo que tú mismo has pensado, que han desistido de sus pretensiones.

—Pues hombre, me echas un jarro de agua fría. Yo que imaginaba que este confinamiento iba a terminar ya...

—¡Ojala me equivocara! Pero en esto sólo veo una pantomima encaminada a despistar con la finalidad de que se les deje tranquilos y redoblar sus esfuerzos para conseguir sus propósitos por la vía más rápida.

—Así, según tú, ¿crees que se han ocultado en otra parte?

—Sin lugar a dudas. Cuando estuvimos allí vimos aterrizar a una nave y fuimos atacados por los hombres de oscuro y no habían diez o doce, sino que eran muchos. Pues bien, en la actualidad no existía ni rastro de hombres, ni naves, ni nada, salvo esos repugnantes bichos.

—Pueden haberse trasladado a su planeta de origen.

—Quizá, pero a juzgar por las instalaciones que tenían montadas, no es gente que repare en gastos y puede que cuenten con otro emplazamiento que les permita desarrollar sus actividades.

—Total, que seguimos como al principio.

—Poco más o menos, ésa es la realidad.

—¿Qué piensas hacer?

—Proseguiremos patrullando por el bosque manteniendo una vigilancia continua, hasta hallar

cualquier indicio que nos descubra su actual paradero.

—¿Y si nos pasamos la vida aquí sin encontrar nada?

—En ese caso, la razón estará de tu parte.

Le respondió socarrón Stephen, quien levantándose, le indicó:

—Voy a visitar a Philips para saber cómo se encuentra.

Se dirigió a donde estaba hospitalizado el muchacho y allí se encontró con el resto de la patrulla, Peter, Arthur y Michel, quienes se levantaron respetuosos.

—Seguir donde estabais. ¿Cómo va eso, Philips?

—Muy bien, señor. Con deseos de incorporarme al grupo.

—Ya tendrás tiempo.

—Comandante, ¿es verdad lo que me han dicho éstos?

—Depende de lo que te hayan dicho.

—¿Que han destruido la guardia de esos bichos?

—Bueno, eso es verdad, pero a los que la habitaban, no se les ha visto el pelo por ninguna parte.

—¡Qué lástima que no se encontraran allí!

—Claro, hombre, como sabían que tú no ibas... De lo contrario, casi seguro, que se hubieran esperado para darte una cordial bienvenida —apuntó guasón Peter.

—¿Es eso envidia?

—¿Envidia de ti? No me hagas reír, Philips. Siento mucho respeto por mi pellejo y no voy a tomar ejemplo de un irresponsable que se empeña en

tropezar con los proyectiles que obsequian a uno.

—Sí, ya sabemos tu especialidad cuál es.

—¿Mi especialidad?

—Claro, hombre, la misma del topo. En cuanto suena el primer estampido, ya estás cavando tu guarida a cuatro manos.

—¿Serás majadero? Te prometo que la próxima vez que te cacen, me negaré rotundamente a servirte de acémila. ¡Desagradecido!

Arthur protestó:

—Bueno, Peter, eso de acémila lo dirás a título personal e intransferible, y, por lo tanto, con exclusión de los demás puesto que unánimemente reconocimos tus dotes particulares.

—Comandante, ¿ve usted eso? Se han confabulado contra mí de mala manera. Tendré que pensar seriamente en solicitar mi traslado al planeta Tierra.

—¡Ja, ja! ¡Es lo que tú quisieras para pasearte fusionado a la rubia! Van de tal forma, comandante, que me río de las soldaduras. ¡No hay fuerza humana que los despegue!

—Mira que eres envidioso, Michel. ¿Y sabe por qué, señor? Por preferirme a mí y dejarle a él a un lado por feo.

—¿Os habéis dado cuenta del hermoso éste? ¿Por qué no cuentas cómo dejaste tuerta a aquella morena?

—¿Yo?

—Sí, tú, cuando la fuiste a besar con tanto ímpetu que tu apéndice nasal se introdujo por el ojo para salirle por el cogote de la pobrecilla.

Aquí fue el desiderátum. Había atacado Michel su

punto flaco y de no estar presente el comandante, las cosas hubieran terminado mal.

CAPÍTULO V

Stephen estaba impaciente por ver a Harold y le contara personalmente su odisea. Así que decidió pasarse por su alojamiento.

Le encontró ya levantado y dedicado a su trabajo.

El comandante Stephen Spivey se quedó un tanto extrañado de que no fuera a verle y así se lo manifestó:

—¡Harold! ¿Por qué no has venido a verme en seguida de haber descansado?

Este le miró inexpresivamente y al cabo de un momento, le respondió:

—Hola, Stephen. Es que se ha acumulado el trabajo y quería dejarlo listo.

—Pero hombre, creo que en este caso hubieras podido posponerlo.

—Sí, pero es que me había obsesionado en repasar unas notas, y sin darme cuenta, me he olvidado de lo demás.

Le contestó de una forma monótona, sin entusiasmo.

Stephen le contempló con miseria, para decirle a continuación con la intención de animarle un poco:

—Bueno, no tiene la menor importancia. Se nota que todavía dura en ti el cansancio y la tensión nerviosa a la que habrás estado sometido.

—Sí, eso será.

—¿Te encuentras con ánimos de contarme tu aventura?

—Desde luego. Verás...

El relato que le hizo fue una repetición de lo que le participó el teniente Tyler, sin aducir algún dato que resultara interesante.

Una cosa notó y es que se expresaba sin la vivacidad que le caracterizaba.

Pero a esto Stephen no le concedió la menor importancia, al juzgar que sería consecuencia de lo que había pasado.

Quería hacerle unas cuantas preguntas, mas decidió postergarlas.

—Pues menos mal que has aparecido. Te dábamos por muerto.

—Ya ves que no.

Consideró tonta la contestación de Harold, pero la pasó por alto.

—Me has quitado un gran peso de encima. Me resultaba doloroso el tenerle que anunciar a Caroline.

Harold quedó unos momentos pensativo, para luego manifestar como si recordara:

—¡Ah, sí! Caroline...

—Menos mal que no lo hice en seguida. Fíjate el sufrimiento de ella a estas horas. Aunque la alegría también hubiera sido mayúscula.

—Sí, claro, claro.

—Bueno, te voy a dejar porque compruebo que no tienes ganas de charla.

—Perdona, Stephen, es que estoy obsesionado con estos papeles.

—Bien, bien, no es necesario que te excuses. Aunque yo te aconsejaría que descansaras un poco más

y dejaras el trabajo para más tarde.

—Ya veremos. Si puedo, seguiré tus consejos.

Stephen se levantó dándole una palmadita en la espalda y cuando estaba a la puerta de la estancia-laboratorio de Harold, se volvió para decirle:

—¡Ah! Cuando te encuentres más comunicativo, ya me lo dirás.

Harold movió la cabeza dos o tres veces en señal afirmativa, pero de sus labios no salió una sola palabra.

* * *

En el campamento todo era silencio, estando todo el personal dedicado al descanso.

Naturalmente había una excepción reducida, los que montaban la guardia.

Había apostado un centinela al cuidado del arsenal y dos vigilando la puerta de acceso que permanecía cerrada, amén de otros tantos distribuidos estratégicamente.

El centinela que estaba vigilando el arsenal, situado en las instalaciones subterráneas, permanecía en su servicio de rutina absorto en sus pensamientos.

Pero sus movimientos eran vigilados por alguien que permanecía agazapado en la oscuridad.

Esa persona que permanecía al acecho, extrajo una diminuta cajita conteniendo unas bolitas del tamaño de un perdigón medio regular.

Lo depositó en el suelo, no sin antes volver a tapar la cajita que cerraba herméticamente.

Aquel perdigón fue aumentando de tamaño rápidamente, apareciendo unas patas, para posteriormente convertirse en un pulpo del tamaño de un hombre.

A una indicación de quien permanecía oculto, el cefalópodo fue avanzando silenciosamente hacia donde estaba el centinela.

El muchacho, completamente ajeno al peligro que se le avecinaba, seguía en su puesto.

El monstruo aquél, cuando estaba a dos pasos del centinela, emitió un silbido.

Esto hizo volver en redondo al muchacho empuñando su arma, pero no tuvo oportunidad de usarla.

El monstruo se lanzó contra él apresándolo con sus tentáculos y a los pocos segundos yacía en el suelo sin vida y devorado con avidez.

Aquel individuo que permaneció en la sombra, dejó su escondrijo y se dirigió a la entrada de la estancia que hacía de arsenal.

Miró un momento indeciso y luego fue directamente hacia donde había unas armas y se apoderó de una.

Y aquel tipo llevaba el uniforme del «Batallón de la Parca».

Se sacó un arma que llevaba oculta, apuntó al monstruo, sonó un chasquido apagado y tras un estremecimiento, se fue reduciendo de tamaño hasta desaparecer.

Con una sonrisa malévola y llevando en su mano el arma sustraída del arsenal, decidió salir de las

instalaciones subterráneas para emerger posteriormente a la explanada.

Aprovechando los lugares más oscuros, con sigilo, encaminó sus pasos hacia la salida del campamento.

Los centinelas estaban en sus puestos y había una zona iluminada, precisamente donde se emplazaba la puerta de acceso.

Extrajo la cajita cerrada herméticamente y lanzó al suelo dos de aquellos perdigones que inmediatamente tomaron forma.

Les mandó que atacaran a los centinelas que en un momento fueron reducidos a la impotencia quedando en el suelo medio asfixiados.

El individuo aquel pronunció unas palabras y los monstruos le siguieron hacia la puerta de salida, quien una vez estuvo frente a la misma estuvo manipulando en el sistema de cierre, la abrió y salió del recinto cercado.

Uno de los centinelas se recobró más pronto, alcanzando a ver a los dos monstruos.

Disparó y un cefalópodo desapareció; al otro seguramente le hirió, puesto que soltando algo parecido a aullidos, se perdió en la oscuridad.

Momentos después se oyó un grito de terror humano, para sumirse todo en un silencio transitorio.

Fue transitorio, puesto que luego de los disparos del centinela, la alarma cundió en el campamento.

Los focos emitieron sus haces luminosos, el personal se había levantado llevando consigo las armas, las órdenes eran dadas a gritos por los subalternos.

La confusión reinante fue cortada por la presencia del comandante Stephen Spivey quien con energía ordenó que se controlaran, que se calmaran.

Al darse cuenta de que la puerta estaba abierta, se fue hacia allí, viendo a un centinela auxiliando al otro que aún yacía en el suelo.

Con voz de trueno, Stephen inquirió:

—¡Centinela! ¿Qué ha pasado?

El muchacho hizo una inspiración profunda y contestó con un hilo de voz:

—Los monstruos, señor.

Y acto seguido se desvaneció casi encima de su compañero al que pretendía atender.

Ya había acudido a su lado el teniente Tyler junto con varios componentes del «Batallón de la Parca».

El comandante ordenó:

—Teniente, que atiendan a los muchachos y quédate aquí de guardia con una escuadra.

—A la orden, señor.

—Los de mi patrulla, venid conmigo. Teniente, que enciendan los reflectores. Vamos a efectuar una descubierta.

Tyler transmitió la orden y aquel sector quedó iluminado como si fuera de día.

Los cuatro componentes de los que llamaba «mi patrulla» los tenía a su lado, incluyendo a Philips ya completamente restablecido.

Siguieron a su jefe con las armas dispuestas para no dejarse sorprender, inspeccionando el terreno palmo a palmo.

Vieron un bulto que se movía y no anduvieron con

contemplaciones. Una descarga cerrada y aquello se abatió.

Con precaución acudieron a donde había caído aquello y todavía pudieron ver cómo desaparecía el monstruo, al igual que un globo al desinflarse.

A ellos ya no les causaba extrañeza este fenómeno, puesto que lo habían presenciado en varias ocasiones.

Prosiguieron la inspección y fue Philips quien dijo:

—Comandante, mire esto.

Algo brillaba en el suelo con reflejos metálicos y Stephen preguntó con extrañeza, como si esta pregunta se la hiciera más bien a sí mismo:

—¿Pero qué hace aquí este propulsor de entretenimiento?

Nadie contestó.

Todos sabían que estas armas secretas únicamente eran utilizadas en misiones de mucho peligro y no salían del arsenal sin orden expresa del comandante.

El mismo Stephen se inclinó para cogerla, no sin antes cerciorarse que los seguros estaban en su posición correspondiente, pues de sobra sabía que en caso contrario hubieran volado los cinco hechos pedazos.

Comprobó que habían unas manchas y él mismo se miró la mano derecha que se había mojado con aquel líquido.

Manifestó:

—Esto es sangre y de no hace mucho.

—Seguramente de quien llevaría el arma.

—Pudiera ser que acertaras, Peter. Toma, hazte cargo de ella.

Stephen al mover el pie, notó algo con que tropezaba su calzado. Miró al suelo y recogió aquel objeto.

Se trataba de una cajita herméticamente cerrada.

Se quedó contemplándola y a punto estuvo de abrirla, pero repentinamente le vino a la memoria que había visto muchas como aquella en el laboratorio de las instalaciones subterráneas que quedaron hechas cisco al producirse la explosión.

Las que cogió, junto con los frascos precintados, se lo había dejado en la guantera del vehículo para posterior análisis.

In mente se dijo que le llevaría las muestras a Harold y que aclarara para qué podía servir aquello, ya que alguna utilidad tendría desde el momento que abundaban en aquel laboratorio.

Por más que siguieron buscando, nada anormal encontraron, por lo que Stephen les manifestó:

—Muchachos, volvamos al campamento. Cuando sea de día, ya proseguirán el trabajo otras patrullas.

Al llegar al campamento el teniente recibió a su comandante con muestras de gran preocupación, al comunicarle:

—Comandante, tengo novedades muy desagradables que darte.

—¿Qué ocurre ahora, teniente?

Inquirió Stephen con muestras evidentes de mal humor.

—El centinela del arsenal ha desaparecido, encontrándose huellas de sangre. De los propulsores de entretenimiento, falta uno. La puerta de acceso al

campamento, ha sido abierta sin forzar el mecanismo de cierre.

—¿No tienes otra calamidad que anunciarme, teniente?

Tyler, muy serio, le contestó:

—No, señor.

—Menos mal, porque sólo faltaría que me dijeras que el campamento iba a volar, cosa que, tal como andan las cosas, no me sorprendería lo más mínimo. Al menos, si tiene que ocurrir así, que nos enteremos con tiempo.

Medio en broma y medio en serio se expresó de este modo, pero los que le conocían bien, sabían que cuando el comandante se comportaba de este modo, era síntoma de que estaba preocupado muy seriamente, aunque trataba de disimularlo.

—Bueno, Tyler. ¡Qué le vamos a hacer! Lo que hay que procurar es no dejarse sorprender más y en ello me incluyo a mí mismo. El propulsor de entretenimiento, lo hemos recuperado.

Tyler lanzó un suspiro de alivio, manifestando:

—Menos mal.

—¿Cómo están los que estaban de centinelas?

—Me han dicho que se van recuperando.

—¿Has visto a Harold?

—Sólo un momento que ha venido a interesarse por lo que estaba pasando.

—Bien. En cuanto sea de día, te pasas por mi alojamiento. Mientras, tengo unas cosas que hacer.

—A la orden, señor.

CAPÍTULO VI

El comandante Stephen Spivey investigó personalmente el lugar donde fue atacado el centinela del arsenal.

Se dijo que, efectivamente, allí mismo pudo ser devorado o malherido y trasladado a otro lugar. Pero desestimó esto último.

Estuvo andando de aquí para allá, interrogó a los centinelas y a quienes pudieran aportar algún dato.

Supo que los desaparecidos eran dos y antes de irse a su alojamiento, giró una visita a Harold.

Estaba ensimismado con sus papeles y apenas si se dio cuenta de la presencia de Stephen, quien tuvo que decirle:

—Harold, que estoy aquí.

—¡Ah! Perdona, Stephen. Estaba absorto con todo esto.

—Te supongo enterado de lo ocurrido, ¿no?

—Sí, sí; me lo ha dicho Tyler.

—Mira, aquí te traigo esta cajita y este frasco precintado. Me interesa que analices su contenido.

Stephen no pudo darse cuenta, pero Harold se estremeció y con disimulada ansiedad, le preguntó:

—¿De dónde has sacado esto?

—El frasco lo cogí cuando efectuamos la incursión a las instalaciones enemigas y la cajita la he encontrado fuera del campamento.

Harold tardó un poco en hablar y luego manifestó:

—Bien, bien... Pues déjalo aquí que ya me ocuparé

de ello más tarde.

Stephen salió de allí algo preocupado por Harold Bedell. No le parecía el mismo, le encontraba como aletargado, falto de la vivacidad que le caracterizaba.

Por otra parte, siempre estaba metido en su laboratorio con sus papeles o ensayos.

Se dijo:

«Trabaja demasiado y estará agotado»

Tyler ya estaba esperándole.

—¿Hace mucho rato que estás aquí?

—No mucho.

—Bien, por los acontecimientos producidos, te habrás convencido que no me he equivocado en mi teoría, o sea, que persisten en su empeño.

—Sí, no tengo más remedio que reconocerlo.

—Pero en esta ocasión la situación se ha agravado.

—¿Por qué...?

—Me da la impresión, Tyler, casi seguro, que el enemigo se ha filtrado entre nosotros.

—Esta misma sospecha ha venido a mi mente.

—Analicemos la cuestión. Han desaparecido dos muchachos.

—Sí, me he enterado posteriormente. En un principio creí que sólo fue el que tenía a su cargo el arsenal.

—Como sabes muy bien, dadas las medidas adoptadas, creíamos que ningún monstruo podría invadir nuestro territorio, ni que la puerta fue vulnerada.

—En efecto, así era.

—Por lo que he sacado la conclusión, por mis

investigaciones, creo que han intervenido en este caso de sabotaje, por lo menos dos monstruos seguros y posiblemente un tercero.

—¿En qué te fundas?

—Los centinelas de puerta han dicho que fueron atacados simultáneamente y el primero que reaccionó ya vio la puerta abierta y cómo salían, eliminando a uno e hiriendo a otro.

—¿Y el tercero?

—El que se encargó del vigilante del arsenal. Sabes que ese puesto es de gran responsabilidad y la consigna es defenderlo a muerte.

—Sí, lo sé...

—De la única manera de apoderarse del impulsor de entretenimiento, era por ese procedimiento, con la muerte del centinela allí apostado.

—Bueno, de esto se podrían encargar los dos monstruos a la vez...

—Imposible. Desde las instalaciones subterráneas a la puerta de acceso, hay que atravesar la explanada y dos bichos de esas características, hubieran llamado poderosamente la atención.

—Pues tienes razón, comandante.

—En todo ello hay una cosa clara, que han pretendido apoderarse de nuestra arma secreta, por haber comprobado su eficacia en el enfrentamiento sostenido contra ellos.

—Desde luego. Eso parece.

—Y hay dos cuestiones que me resultan un enigma: la presencia de los monstruos y el abrir la puerta de acceso. Sin olvidar cómo llegó el arma fuera del

campamento.

—Exacto. Pero aun así, podían habérsela llevado los monstruos.

—No creo, puesto que el centinela que disparó me ha dicho que oyó un grito de pavor, poco después de herir al monstruo y era precisamente voz humana. Por otra parte ya te he explicado la imposibilidad de pasar desapercibidos por la explanada.

La conferencia todavía se prolongó unas horas más, deliberando sobre los puntos que más preocupaban al comandante.

* * *

Stephen Spivey tuvo que desplazarse a la capital del «Tierra 2», requerido por la Delegación interesada en aquel problema.

El comandante les proporcionó toda clase de informes y al final, el que presidía la Delegación, le soltó:

—Señor Spivey, sus informes han sido muy extensos, pero la conclusión es que no se ha adelantado nada.

Stephen se contuvo para dominar sus palabras y contestó:

—Soy el primero en lamentarlo. ¿O creen que puedo mantenerme impasible ante la continua pérdida de mis muchachos?

—Nadie le ha insinuado tal cosa. Lo que queremos son resultados positivos.

A partir de este momento la conferencia pareció

una batalla campal.

El comandante defendía su postura, unos delegados le tachaban de negligencia, otros que lo mejor sería desistir de aquel empeño y se abandonara el planeta artificial.

Al final tuvieron que admitir los sacrificios del comandante y su gente, y cuando Stephen solicitó que fueran relevados, no admitieron su renuncia, renovando la confianza puesta en él.

Salió de aquella entrevista indignado, malhumorado por aquellos que sin exponer nada se permitían críticas y exigencias.

La verdad era que ya no se podía volver atrás. Aquel asunto le había costado muchas bajas y su amor propio estaba en juego.

Iba ensimismado con sus pensamientos, cuando le pareció ver un rostro conocido.

Giró en redondo y con disimulo observó, a cierta distancia, a aquella persona.

Las facciones de aquel individuo pertenecían, nada menos, que al capitán Cliff, el que había desaparecido...

El corazón le dio un vuelco de alegría y estuvo a punto de llamarlo.

Pero, no supo por qué, se abstuvo de hacerlo y siguió sus pasos manteniendo la distancia.

Vio que se encaminaba hacia donde estaban emplazadas las Legaciones representativas de otros planetas y que se beneficiaban del «Tierra 2».

Observó que se dirigía directamente a un edificio concreto.

Stephen Spivey quedó confuso.

«No, no puede ser... A lo mejor es una coincidencia de caracteres... Por otra parte, yo juraría que es él, el capitán Cliff en persona... »

Estos fueron sus pensamientos y decidió pasar por delante de aquella Legación para averiguar el nombre.

Se trataba de la sede representativa del planeta Tilaxia.

Pasó de largo y se situó en un lugar estratégico, desde donde, sin llamar la atención, pudiera observar la Legación por si salía de nuevo aquel personaje que le pareció Cliff en persona.

Estaba a punto de abandonar su puesto de observación, cuando de aquel edificio salió un vehículo ocupado por dos individuos y uno de ellos era Cliff.

Ahora estaba seguro por verle más de cerca al pasar por donde él se encontraba.

Requirió los servicios de un transporte público, indicándole que siguiera a aquel color verde esmeralda.

Les llevaba mucha ventaja, pero Stephen no lo perdía de vista.

Tras cruzar unas avenidas, enfilaron la vía que conducía al astródromo.

Antes de llegar Stephen al mismo, se cruzó con el vehículo verde esmeralda en el que iba un solo ocupante y no era Cliff precisamente.

Abonó el importe antes de que parara el vehículo que le transportaba y en loca carrera se fue hacia el hangar oficial, donde aparcó su pequeño vehículo

espacial.

En aquellos momentos vio una gran astronave que se elevaba.

Llamó apresuradamente a control:

—¡Control, control! Aquí el comandante Spivey.
¿Qué nave es esa que termina de elevarse?

—Un momento, comandante.

Se le antojó que tardaban un siglo en contestarle.

—Control a comandante Spivey.

—A la escucha.

—Se trata de la astronave de la Legación del planeta Tilaxia.

—Gracias. Solicito permiso para elevarme.

—Concedido.

El pequeño vehículo espacial tripulado por Stephen Spivey, fue tomando altura con la velocidad de un cometa en seguimiento de aquel punto que se divisaba en el infinito.

Se acercó lo prudente para no despertar sospechas y pudo ver cómo de la astronave del planeta Tilaxia se desprendía algo pequeño.

Sospechó inmediatamente que se trataba de un vehículo espacial de tamaño similar al suyo que había abandonado la cosmonave nodriza.

Esta prosiguió en su trayectoria, mientras que el pequeño vehículo describía una parábola para luego enfilarse rumbo al «Tierra 2».

Stephen no lo dudó.

Manteniendo la distancia evolucionó en seguimiento de aquel punto para averiguar adónde se dirigía.

Al poco rato comprobó que no era el astródromo su meta, puesto que se desvió mucho de su emplazamiento.

Por momentos su intriga iba creciendo y una sospecha fue germinando en su mente, sospecha que se confirmó posteriormente.

El vehículo, en pos del cual iba, se dirigía a la zona ocupada por el gran bosque y al llegar a la misma cambió su vuelo vertical por uno rasante.

Dado que el vehículo iba pintado de verde y a la distancia que se hallaba el comandante, éste lo perdió de vista.

Aceleró para aproximarse, pero únicamente consiguió distinguir unos destellos que reflejaron la superficie metálica del vehículo perseguido y esto en determinados momentos.

Posteriormente, nada; ni rastro de su presencia.

Stephen, altamente contrariado, sobrevoló aquel sector sin descubrir algo positivo.

No se atrevía a descender más para no hacer notar su presencia, por lo que decidió poner en funcionamiento el filmorográfico, aparato tomavistas de gran precisión y alcance que permitía grandes aumentos.

Estuvo volando por aquella zona hasta que agotó la cinta, pues tenía la certeza de que en alguna parte de aquel lugar se había ocultado.

Por la situación donde se hallaba la zona que estaba filmando, no estaba muy lejos del emplazamiento de las instalaciones que quedaron destruidas después que ellos se marcharon.

Puso el máximo interés en el trabajo que estaba realizando, puesto que en ello cifraba la esperanza de descubrir algo positivo.

CAPÍTULO VII

El comandante Stephen Spivey, esperó con impaciencia que el revelado de la película fuera efectuado y estuviera en condiciones de ser proyectada.

Durante su ausencia, en el campamento no se había producido ninguna novedad y aunque las patrullas salieron de inspección, tampoco aportaron nada nuevo.

Aquel día fue de completa calma.

El teniente Tyler, le preguntó:

—¿Cómo te ha ido?

—Un asco, Tyler, un verdadero asco. Todos los que permanecen al amparo de un despacho, al margen de las calamidades que puedan pasar, son los que se creen con mas derecho a las críticas y aptos para conceder consejos gratuitos.

—¿Qué te ha pasado?

—Lo que suele suceder a quienes se les concede unos derechos y tratan de justificar el cargo o representación, sin entender una palabra de lo que llevan entre manos.

—Total, que has tenido bronca con la Delegación.

—Si, así ha sido. Tengo que reconocer que no se ha adelantado mucho, pero algo hemos hecho. En fin, dejemos estar este asunto.

—Es mejor no hacerles caso. Como bien has dicho, necesitan justificar sus cargos.

—En medio de todo, el mal sabor de boca lo he

olvidado pronto. No podrás imaginarte a quién he visto.

—Ni idea.

—Nada menos que al capitán Cliff.

—¡Cómo...! ¿Le has hablado?

—No. Verás...

Comenzó a relatarle las circunstancias que concurrieron y a medida que iba avanzando en su narración, la extrañeza era más patente en Tyler.

—¿Pero tú crees que se trata de la misma persona?

—Ya no tengo la menor duda. Su modo de andar cargando un poco más en la pierna izquierda y luego, al verle de cerca, la cicatriz en la frente terminó por disipar mis dudas.

—¡Válgame el cielo! ¿Y qué papel tendrá en todo esto? Su comportamiento no es normal.

—Anormal del todo, diría yo.

—¿Y crees, Stephen, que en el vehículo que salió de la astronave del planeta Tilaxia iba él?

—Casi seguro. ¿No te ha extrañado a ti que la puerta de acceso haya sido abierta con facilidad en tres o cuatro ocasiones?

—Sí, siendo una de las cuestiones que no me deja conciliar el sueño.

—Pues la cosa está bien clara: Cliff.

—¿Quieres decir que él...?

—¿Quién si no? Conoce todos los sistemas. Y te diré más. Cuando efectuamos la incursión a las instalaciones enemigas, encontré cierta semejanza con nuestras construcciones subterráneas. Primero lo atribuí a una casualidad, pero ahora estoy convencido

que es una copia.

—¡Qué barbaridad! ¿Quieres decir que Cliff se ha pasado al enemigo?

—Los hechos así lo demuestran.

—Si no puedo creerlo. El, tan recto...

—A mí también me cuesta trabajo, pero hay que rendirse a la evidencia.

Tyler no podía dar crédito a las revelaciones de su comandante y así lo expresó:

—Jamás hubiera pensado en Cliff algo igual. Siempre le consideré tan disciplinado...

—Pues en esta ocasión a los dos nos ha fallado. Gozaba de mi entera confianza y honraba su memoria. Ahora, en cambio, siento por él un gran desprecio.

—Comparto tu opinión, Stephen. No es digno de haber pertenecido al «Batallón de la Parca».

En aquel momento un muchacho solicitó permiso de entrada, contestando Stephen:

—Adelante.

—Señor, le traigo la cinta revelada.

—Gracias, muchacho. Puedes retirarte.

—A la orden.

Nada más se fue, Stephen colocó la cinta en el proyector, manifestando:

—Espero que haya conseguido algo, de lo contrario tendremos que hacer un reconocimiento a vuelo más bajo exponiéndonos a que seamos descubiertos.

Comenzó la proyección. En la primera pasada no descubrió nada de particular, disponiéndose a efectuar una segunda con más amplificación de imagen.

Stephen y Tyler tenían la mirada fija en la

pantalla, por lo que no pudieron advertir la presencia de Harold que también contemplaba con avidez la proyección.

—Fíjate en esta secuencia, Tyler.

—¿Qué hay? No veo nada.

—Espera, la ampliaré más.

Así lo hizo, para luego indicarle:

—Presta atención en este claro.

Al cabo de un momento, contestó:

—Sí, veo algo suspendido en el aire.

—En efecto. Ahora mira lo que sucede con las secuencias siguientes.

Espaciadamente fue pasando una serie de cuadros en los que se veía aquello suspendido en el aire, cada vez más cerca del suelo hasta que se posó.

Amplió al máximo el cuadro de lo que estaba en el suelo y el teniente pudo ver con claridad que se trataba de un vehículo espacial del tipo pequeño, de cuyo interior asomaba un rostro al que reconoció al instante:

—¡Es Cliff!

—En efecto, es él.

Sigilosamente Harold Bedell salió de la estancia sin ser notado por el comandante ni el teniente.

—Estabas en lo cierto, Stephen.

—Por desgracia o por suerte, así es. Voy a mandar la cinta al laboratorio para que saquen fotos de esto.

—Si quieres, yo mismo la llevaré.

—De acuerdo. Así adelantaremos más.

Si Stephen hubiera visto en aquellos momentos a Harold, hubiera quedado altamente sorprendido.

Se encerró en el laboratorio para no ser molestado, estando con el pecho al descubierto del que sobresalía un aparato no muy abultado del que partían varios electrodos y fijados los terminales en determinados puntos de su piel.

Manipuló en un botón y cuando recibió una señal, habló:

—Aquí Harold llamando a Laxia, aquí Harold llamando a Laxia...

—Laxia a la escucha. Adelante, Harold.

—Comandante sospecha existencia segundo emplazamiento.

—¿Cómo lo sabes?

—Ha filmado la zona donde está encuadrado.

—¡Maldición! ¿Y cómo ha sido eso?

—No lo sé. Seguramente ha sobrevolado esos lugares.

—Sí que es una contrariedad. Impide que siga adelante.

—¿Cómo?

—Eso tú lo sabrás. Cuentas con suficientes medios para conseguirlo.

—Es arriesgado. Puedo caer en sospechas.

—Más arriesgado es que destruyan nuestro único emplazamiento, cuando estamos a un paso de apoderarnos del «Tierra 2». ¿Qué hay de las armas?

—Ha fracasado el empeño de apoderarnos de ellas.

—Eres un imbécil, Harold. Sabes que son imprescindibles para nuestros planes.

—He hecho lo que he podido.

—Por la cuenta que te tiene, harás más. Ha de obrar en nuestro poder esa arma lo antes posible para proceder a su fabricación inmediatamente.

—Hay algo más. El comandante me ha entregado una caja de células y un frasco de exterminador vegetal, para que las analice y le dé el resultado.

—Pues lo destruyes o le das aplicación a las células.

—¿Pero qué le digo si me pregunta por el resultado del análisis?

—Te inventas cualquier cosa, lo que quieras. Tienes suficiente imaginación para ello.

—Es arriesgado. El comandante no es tonto.

—Estoy comprobando que me estás fallando en gran manera, Harold.

Y pronunció el nombre de una manera especial, que hizo estremecer al aludido, como si ello constituyera una sentencia o algo por el estilo.

—Bueno, ya veré.

—No verás, lo harás. Ya sabes que no admito ningún fallo y las consecuencias que lleva consigo cuando alguien ha fracasado lastimosamente.

—Exacto. Comprueba que tu memoria no falla.

—Sí, ya lo sé, los monstruos se encargan de uno.

—Tengo que cortar. Alguien se aproxima.

No era verdad, nadie aparecía por allí.

Sencillamente sucedía que ante el pensamiento de caer en poder de aquellos monstruos, le invadía el terror.

Un sudor frío perlaba su frente, pero tenía que

seguir si quería subsistir.

Ocultó de nuevo su aparato con la vestimenta y se quedó meditando sobre lo que podía hacer.

Así estaba cuando ahora era verdad, alguien se acercaba para terminar llamando a la puerta.

Presuroso se levantó y fue a abrirla.

Era el mismo Stephen.

—¡Hola, Harold! ¿Ya has efectuado los análisis?

—Pues..., todavía no he tenido tiempo.

El comandante se apercibió de sus titubeos y sinceramente manifestó:

—Harold, de un tiempo a esta parte no pareces el mismo. ¿Es que te sientes fatigado?

—No sé... Puede que sea eso...

—Pues hay una solución. Te concedo un permiso y pases unos días con Caroline.

—No, no. Tengo mucho que hacer.

Le contestó más confuso que nunca.

—Pero hombre, unos días de asueto te sentarán bien y luego cogerás el trabajo con más ilusión.

Por más que se empeñó Stephen en decirle que fuera al lado de su esposa, no hubo manera de convencerle.

Tuvo que desistir, diciéndole:

—Bien, como tú quieras. Cuando dispongas de un rato, no te olvides de los análisis.

—Descuida. Ya lo tengo presente.

Y comprobando que seguía en su postura, sin deseos de conversación, salió del laboratorio encontrándose de lleno con el teniente Tyler.

—Mira, termino de entregar la cinta a los

muchachos para las ampliaciones y copias que desees.

—Muy bien. Oye una cosa, Tyler. ¿No has notado algo raro en el comportamiento de Harold?

—Pues ahora que lo dices, es verdad, Stephen. No está tan comunicativo como antaño.

—En efecto, parece como si rehuyera nuestra compañía, nuestra conversación.

—Exacto y otra cosa que me ha llamado la atención es que se pasa el tiempo en el laboratorio.

—Si te concediera un permiso para que estuvieras unos días libres, ¿qué harías?

—¿Qué haría? Bailar con un pie y largarme en seguida. ¿Es que me lo vas a dar?

—Te he hecho una pregunta hipotética.

—¡Ah, vamos! —exclamó Tyler con desaliento.

—Pues fíjate, tu reacción ha sido la normal. En cambio, Harold lo ha rechazado.

—¿Que lo ha rechazado...? —inquirió el teniente incrédulo.

—Así es, termina de hacerlo.

—No lo entiendo de ninguna de las maneras.

—Ni yo. Me está preocupando su actitud más de la cuenta.

—¿Nos lo habrán embrujado? Puesto que ese cambio ha sido a raíz de su aparición.

Comentó un tanto jocoso Tyler.

—Pues mira, a lo mejor has dado de lleno en la cuestión.

Manifestó Stephen y acto seguido cada uno se dirigió a su respectivo alojamiento.

CAPÍTULO VIII

Los muchachos del laboratorio fotográfico estaban dedicados de lleno en el trabajo que les había ordenado su comandante.

Un compañero de ellos se presentó allí.

—¡Eh! ¿Qué hacéis?

—Pues ya lo ves, trabajando.

—¿Y esto qué es?

—¿No tienes ojos en la cara? Esto se llama ampliaciones.

—¡Ah!

El que había irrumpido en el laboratorio y con disimulo, no hacía más que mirar, como si fuera en busca de algo determinado.

Se fue hacia un rincón de la estancia, sacó una cajita y depositó algo en el suelo.

Aquello que depositó fue tomando forma rápidamente y a una indicación del visitante, el monstruo con sus tentáculos se dirigió a los dos muchachos que permanecían absortos dedicados a su tarea.

Notaron que algo se enroscaba en su cuello, así como en el cuerpo.

Trataron de librarse de aquel abrazo mortal, pero nada pudieron hacer. Rodaron por el suelo sin vida para ser devorados posteriormente.

Entretanto, el visitante permaneció en su rincón completamente impasible a lo que estaba sucediendo.

Cuando el monstruo terminó su trabajo, extrajo un

arma que llevaba oculta y de un silencioso disparo eliminó al cefalópodo.

Luego se apoderó de la cinta y de las ampliaciones realizadas y como si nada hubiera pasado, se encaminó hacia el alojamiento de Harold.

Este le recibió con cara de pocos amigos.

—¿Por qué has venido, imbécil? Te dije que lo destruiras.

—El permanecer más tiempo allí me exponía a que me descubrieran.

—Y el venir aquí, idiota, te expones a que nos descubran a los dos.

Harold estaba furioso y lleno de pánico. Le preguntó:

—¿Te ha visto alguien venir aquí?

—Creo que no.

—Luego no tienes seguridad. ¿Es eso?

—Pues...

Harold recapacitó, cambió de actitud y mostrándose más amable, le manifestó:

—Bueno, dame lo que traes y lo destruiré aquí mismo. No salgas ahora, quédate un poco más y ya te diré cuándo podrás abandonar este sitio.

El muchacho aquel le entregó cuanto se había apoderado en el laboratorio fotográfico.

Harold se dirigió al banco de trabajo donde depositó en una cubeta lo que llevaba para su posterior destrucción por mediación de un ácido.

Mientras, de soslayo, vigilaba lo que hacía el muchacho y cuando éste se descuidó, depositó en el suelo uno de aquellos perdigones que contenía la

cajita.

Ordenó al monstruo que le atacara y cuando iba a atraparlo, el joven se volvió y al vérselo tan próximo, lanzó un grito de terror intentando sacar su arma oculta.

No llegó a tiempo, el monstruo ya le tenía atrapado y lo estaba devorando.

Posteriormente Harold efectuó un disparo y el monstruo desapareció, quedando todo en la estancia como si allí nada hubiera pasado.

Pero en aquellos momentos el teniente Tyler pasaba cerca de allí y oyó el grito en el laboratorio de Harold; por lo que precipitadamente se fue hacia allí.

—Harold, ¿qué ha sido ese grito?

El aludido, sorprendido por la inesperada presencia del teniente, se apresuró a ocultar lo que tenía en la cubeta.

A poco reaccionó y contestó con otra pregunta:

—¿Qué grito?

—El que venía de aquí dentro.

—¿De aquí? Yo nada he oído.

Tyler quedó confuso para manifestar titubeante:

—Pues yo juraría que ha venido precisamente de aquí.

—Ya te he dicho que no he oído nada.

Harold se volvió para coger un frasco de la estantería y verter su contenido en la cubeta donde estaba la cinta y las ampliaciones.

Tyler reparó que en el suelo había una cajita. La recogió y maquinalmente se dispuso a destaparla.

Como la tapa estaba un poco fuerte, al lograrlo,

cayeron al suelo un par de perdigones.

El teniente quedó extrañado de su contenido, disponiéndose a cerrarla de nuevo.

Iba a preguntarle a Harold si aquello tenía alguna utilidad, cuando observó que en el suelo había algo que antes no estaba.

Se fijó más y comprobó que aquello iba aumentando de tamaño rápidamente, que ya se podían apreciar unos tentáculos.

La extrañeza le dejó paralizado y con los ojos desorbitados contemplando aquel fenómeno.

Ya no le quedaba la menor duda, aquello eran monstruos en acelerado crecimiento.

En aquellos momentos ya le llegaban a la altura de las rodillas y seguían creciendo más y más.

Tyler no pudo contenerse, gritando a Harold:

—¡Harold! ¡Mira esto!

El interpelado se volvió y el pánico se plasmó en su fisonomía.

Iba a sacarse algo, cuando se detuvo y gritando a su vez al teniente:

—¿Qué esperas, imbécil? Dispara en seguida si no quieres que nos devoren.

Tyler quedó desconcertado ante la forma de expresarse el biólogo, pero ya tenía el arma en la mano y de sendos disparos abatió aquellos monstruos en crecimiento acelerado.

Con la misma rapidez que fueron aumentando, se fueron reduciendo hasta quedar en la nada.

Harold se dio cuenta de que había ido demasiado lejos con su intemperancia, por lo que consideró

conveniente justificarse ante el teniente:

—Perdona, Tyler, por mi léxico. Es que me he puesto nervioso ante la presencia de esos bichos.

El teniente, manifestó:

—No tiene la menor importancia. Es normal perder los estribos ante algo semejante.

Pero la verdad era que a Tyler le extrañó en gran manera el tono de voz que adquirió Harold en aquel momento de pánico, ya que le tenía conceptuado como un hombre comedido e incapaz de cualquier incorrección.

El biólogo, preguntó:

—¿Y cómo han aparecido esos bichos?

—No podría asegurarle, pero puede ser que al destapar esta cajita se haya caído alguna bolita.

A tiempo que decía estas palabras, le mostraba la cajita en cuestión.

El pánico se patentizó de nuevo en las facciones de Harold, quien confuso y con titubeos, quiso saber:

—¿Cómo tienes eso?

—Cuando vine la encontré en el suelo y la destapé.

—Deja que la vea.

—Toma.

La cogió y la examinó en su exterior pero sin destaparla, para luego aclarar:

—¡Ah! Es la que me trajo el comandante para analizarla. Seguramente se habrá caído sin darme cuenta. No, no puede ser que su contenido produzca monstruos de esa índole.

—Entonces..., ¿cómo te explicas la presencia de ellos?

—Yo qué sé. Has sido tú quien los ha visto primero.

—Por eso que lo he visto, no encuentro otra explicación a lo sucedido.

—Pero resulta un absurdo. ¿Cómo cosas tan pequeñas pueden hacerse tan grandes?

—Ignoro la relación o proceso que pueda existir, pero la evidencia la hemos tenido.

—Bien, no puedo negarlo, pero de ahí a que el contenido de esta cajita sea la guarida de estos bichos concentrados. . .

Harold trataba por todos los medios de hacerle disuadir de sus pensamientos, pero Tyler no estaba dispuesto a dar el brazo a torcer.

—De acuerdo, dejemos por sentado que resulta un absurdo. Mas, dime: ¿quién ha introducido esos monstruos?

—Eso ya está mejor, Tyler. En efecto, ¿quién los habrá introducido? A lo mejor...

—Continúa.

—Pues mira, te lo voy a decir con franqueza. A lo mejor has sido tú mismo.

—¿Qué...? ¡No seas absurdo, Harold!

—Nada de absurdos. Tú has sido el que ha llegado el último.

—¿Espero que no dirás esto en serio?

—Nunca he hablado con más seriedad.

—¡Harold, dame esa cajita!

—Lo siento. Me la confió el comandante y no puedo entregártela. Y te advierto que todo lo sucedido me veo en la obligación de ponerlo en su

conocimiento.

—Naturalmente que se expondrá ante el comandante. Pero esa caja me la darás.

—Ya te digo que no. Stephen me la entregó y debo analizarla.

Tyler trató de arrebatársela, por lo que Harold se hizo hacia atrás para evitar que se la cogiera.

En este movimiento dejó al descubierto, parcialmente, la batea en donde había derramado el ácido para destruir la cinta y ampliaciones.

Tyler pudo ver todavía un ángulo de una ampliación que no le había llegado el líquido destructor, pero indignado y obsesionado en la recuperación del objeto que le interesaba, no le concedió la menor importancia a esto.

En uno de los forcejeos, la cajita resbaló de la mano de Harold y fue a caer en la batea que contenía el ácido corrosivo que en un momento la destruyó.

—¿Ves lo que has hecho? ¿Cómo le digo ahora al comandante lo que contenía?

Y dándose cuenta entonces de que aquel ángulo de la ampliación aún permanecía intacto, Harold imprimió un movimiento a la batea para cubrirlo con el líquido.

Tyler iba a decirle algo, pero Harold se le adelantó:

—Te ruego que te marches y me dejes solo. Ya me has hecho perder bastante tiempo.

—¡Hombre, esto sí que está bueno! Encima de advertirte del peligro, querer recuperar eso que has tirado a la batea...

—No he tirado nada. Has sido tú quien lo ha

lanzado y a lo mejor, para anular pruebas de tu acción criminal.

—¡Harold! ¿Qué sarta de mentiras estás diciendo? ¿Estás completamente loco?

—El manifestar la verdad, ¿denominas a esto locura?

—¿Qué verdad ni que ocho cuartos? Si no fuera por miramiento a tu edad, por disciplina y por considerarte un enfermo mental, te rompía la cara por todo lo que has dicho.

—No me extrañaría que lo hicieras. De este modo quedarías a cubierto de todo.

El teniente iba a replicarle cuando se presentó Peter, de la patrulla del comandante, quien manifestó dirigiéndose a Tyler:

—Señor, los muchachos del laboratorio fotográfico han desaparecido y allí impera cierto desorden.

El teniente dirigió una mirada de furor a Harold y éste se la devolvió con una sonrisita muy significativa.

Acompañado por Peter se dirigió al laboratorio fotográfico en el que, en efecto, todo estaba revuelto y sin que los muchachos, encargados del mismo, estuvieran allí.

Una sospecha le asaltó y posteriormente quedó confirmada.

La cinta que filmó el comandante había desaparecido, puesto que por más que buscó no la encontró, ignorando si habían efectuado ya las ampliaciones.

Estaba seguro que la cinta debía de estar allí, puesto que él mismo la llevó para que adelantaran el

trabajo.

Entre el altercado mantenido con Harold y la desaparición de los dos muchachos y la cinta, Tyler estaba altamente consternado, agravándose la situación por la ausencia del comandante.

CAPÍTULO IX

Nada más irse Tyler, Harold esbozó una sonrisa malévola.

Lo que había sucedido con el teniente, le marcó la pauta a seguir, cosa que no se le había ocurrido antes.

Él sabía que le surgió la idea de pronto y por lo tanto, deliberadamente dejó caer la cajita en la batea que contenía el ácido consiguiendo con ello destruirla para que al amparo de esto, destruir también la que verdaderamente le entregó el comandante.

Con ello conseguiría dos finalidades, tener que mentirle al comandante sobre el resultado del análisis y el estar respaldado por la acusación que pensaba formular contra el teniente.

Llevó a la práctica lo que había pensado, destruyendo la que le diera el comandante e igualmente cogió el frasco precintado y lo ocultó para que no dieran con el mismo.

Luego se frotó las manos satisfecho, celebrando de antemano su genialidad.

Cerró el laboratorio por dentro y se dispuso a comunicar:

—Harold llamando a Laxia, Harold llamando a Laxia.

Al cabo de un ratito, tras repetir la llamada, le contestaron:

—Laxia a la escucha. Adelante, Harold.

—He solucionado el asunto de la película y lo de las muestras.

—Muy bien, así me gusta. ¿Ves cómo puedes valerte por ti mismo?

—Sí, pero por poco se descubre todo.

—Es un riesgo que hay que correr. ¿Cómo se encuentra la cuestión del arma?

—Aún no he podido apoderarme de ella.

—Pues es lo que más nos urge. Acelera la cuestión cuanto antes. Para ello puedes hacer uso de todos los efectivos que haga falta, pero que esté pronto en nuestro poder.

—He tenido que sacrificar a un muchacho. Ya son dos bajas con éste.

—No importa que tengas que sacrificar a todos con tal de conseguir lo que nos hace falta. No olvides que con ello va también tu pellejo.

—Está bien. ¿Es que siempre has de mencionar algo desagradable?

—Bueno, basta de conversación y a lo que interesa. No vuelvas a llamarme si no es para darme una buena noticia. ¿Has comprendido bien?

—De acuerdo, lo he comprendido.

Y lleno de mal humor cortó la comunicación, diciendo:

—El día menos pensado te convertirás en mi víctima, vil rufián...

Pero a la legua se veía que únicamente eran bravatas y que nunca sería capaz de levantar la voz a su jefe quien le tenía atemorizado en todos los sentidos, en poder y en maldad, aunque en esto último habría que ver quién se llevaba el premio.

Cuando se hubo calmado de su furor, Harold llamó

a uno de sus secuaces, manteniendo con él una entrevista, cuyas palabras finales fueron:

—Y ya lo sabes, sin falta ha de estar en nuestro poder el arma que nos interesa, de lo contrario nos eliminarán a todos. De sobra sabes cómo las gasta el jefe.

—Pero si el otro fracasó en su empeño...

—Peor para él. Haz uso de tu ingenio para conseguirlo. Hemos venido aquí para eso. ¿No?

—Sí, claro, pero hay un buen trecho de decir a hacer las cosas. ¿Por qué no lo intentas tú?

—No admito réplicas y menos de un gusano vil. Estáis aquí para obedecer mis órdenes, no para que las ejecute yo directamente.

El visitante se le quedó mirando como quien pone en cuarentena lo que estaba escuchando y captando a la perfección la cobardía que albergaba quien dijo tales palabras.

Harold adivinó sus pensamientos y molesto le manifestó:

—Anda, lárgate de aquí que ya estás mucho rato y no me conviene que te sorprendan hablando conmigo. ¡Ah! Si por casualidad te preguntaran a qué has venido, dices que te he llamado para que limpiaras unos cacharos del laboratorio. ¿Has entendido bien?

—Sí.

—Y ahora, fuera. Estoy harto de palabrerías.

El enlace esbozó una mueca de indiferencia y silencioso se fue de aquel lugar.

Mientras tanto, el comandante Stephen Spivey, se había desplazado a la capital del «Tierra 2» para efectuar una investigación sobre la Legación del planeta Tilaxia.

Se entrevistó con el jefe del Departamento, Henry Black, a cuyo cargo estaba la concesión y control de todas las Legaciones representativas en el planeta artificial.

Confidencialmente y exigiéndole secreto absoluto, Stephen Spivey, le expuso sus sospechas por lo que había presenciado.

El señor Black, le anticipó:

—Se trata precisamente de una de las Legaciones que resultan más incómodas. Para ellos nada hay perfecto, protestando por un quítame allá esas pajas... Ya hemos tenido varias fricciones con ellos y si de mí hubiera dependido, comandante Spivey, le aseguro que hubiera denegado la autorización a que establecieran su representación.

—Así, señor Black, ¿cree que esa Legación puede ser un centro de conspiración?

—No me extrañaría nada, comandante. Ya ha visto que no he tenido que recurrir al dossier de dicha Legación que tenemos en nuestros archivos, puesto que por desgracia conozco su historial por tener que intervenir varias veces en problemas desagradables que han suscitado.

—Su Departamento, ¿puede ejercer un control sobre entradas y salidas en la Legación e incluso interceptar comunicaciones?

—Eso son palabras mayores, comandante. No nos

es dado violar los derechos interplanetarios, mientras no se demuestre que se halle en peligro la soberanía de nuestro planeta o anexos al mismo.

—Luego, por lo tanto, el «Tierra 2» se puede considerar un anexo, ¿no es eso?

—Naturalmente.

—Señor Black, acogiéndome a que únicamente puedo revelar la misión que me ocupa en el «Tierra 2» en casos excepcionales, yo le aseguro que la soberanía de nuestro planeta artificial está en un peligro eminente.

Henry Black se quedó estupefacto ante las palabras del comandante.

—Pero..., ¿en que se funda? Esto que ha dicho es muy grave, señor Spivey.

—Deje que le explique y comprobará que no es infundado lo que termino de manifestarle.

—Yo no he querido decir tanto, pero comprenderá que una determinación de esta índole, las consecuencias que puede acarrear...

—Entiendo perfectamente su posición, señor. Permítame que le explique y posteriormente usted mismo juzgará.

—Me tiene sobre ascuas. Le escucho, comandante.

—Verá...

Stephen comenzó a relatarle desde el principio, desde que pusieron pie en el «Tierra 2», cuánto les había sucedido y las intenciones claras de aquellos individuos por apoderarse o destruir el planeta artificial.

Al término de su narración, el señor Black estaba

visiblemente afectado.

—¿Pero es posible que esto esté ocurriendo aquí?

—Por desgracia, así es.

—¡Válgame el cielo...! Y nosotros, tan tranquilos...

—Ahora usted comprenderá el porqué de mi petición.

—Claro que la comprendo. Le prometo mantener bajo control la Legación de Tilaxia. Naturalmente que en estos casos nuestras actividades también son secretas y por lo tanto no les vendrá de nuevo a la sección encargada de ello y que dependen de mí exclusivamente.

—Magnífico, así no será necesario que se enteren de lo demás. Me refiero a lo encomendado a nuestro «Batallón de la Parca».

—Exacto, esto quedará entre usted y yo, comandante. Ellos lo considerarán como un trabajo de rutina, pero le aseguro que son eficientes. Ahora falta una cuestión. ¿Cómo me comunico con usted?

—Si las circunstancias me lo permiten, vendré personalmente. En caso contrario le enviaré una persona de confianza, quien le dará la contraseña «Parba», o sea las dos primeras sílabas de Batallón Parca, pero invirtiendo el orden. En cuanto le manifieste esta contraseña, puede confiarle la información que posea.

—De acuerdo. No hay más que hablar. Voy a ocuparme de la cuestión inmediatamente.

El comandante Stephen Spivey se despidió del respetable jefe de Legaciones Henry Black, con la confianza de una naciente amistad sincera.

Al salir del despacho, Stephen tuvo un grato e inesperado encuentro.

Pasillo adelante iba una muchacha llevando una carpeta porta documentos que llamó poderosamente su atención por resultarle familiar.

Apresuró sus pasos y la alcanzó, llamando:

—Señorita, por favor...

La joven, poseedora de un rostro angelical, se volvió y sus facciones, reflejaron gran sorpresa y alegría, al exclamar:

—¡Stephen...!

El comandante, a su vez, sin ocultar tampoco su alegría, correspondió del mismo modo:

—¡Julie...!

Y ambos, sin poder reprimir su impulso, se abrazaron y sus labios se fundieron en un prolongado beso.

Luego la muchacha, un tanto confusa, se fue separando del apuesto comandante que se resistía a dejarla.

—Stephen, por favor... Vamos a llamar la atención.

—Pero, Julie, esto es maravilloso... ¿Te has dado cuenta que nuestros corazones han hablado por si solos?

—No te hagas ilusiones. Ha sido la sorpresa.

—Conque la sorpresa, ¿eh...? ¿Quieres decirme que ignoras lo que me has gustado desde el primer momento en que fuimos presentados?

—Bueno, yo...

—¿Y que yo a ti tampoco te resulto indiferente?

—Es que...

—Nada de excusas, querida. La primera reacción es la que vale y la maravillosa realidad es que nos queremos. ¿Me equivoco en mi apreciación?

—Pues... no, Stephen, estás en lo cierto. No he dejado de pensar en ti un solo instante.

—Ni yo, Julie...

De nuevo se abrazaron y besaron.

—Esto hay que celebrarlo. ¿Por qué no te vienes conmigo? Dispongo algo de tiempo.

—Un momento, comandante. Yo también tengo mis obligaciones. Así que espera un poquito que entregue esto y recabe permiso para ausentarme.

—Corre, mi vida; vuela si es preciso. Los segundos me parecerán siglos.

Ella, haciendo un mohín gracioso, esquivó el beso que pretendía darle Stephen y se fue diciendo:

—Espera. Ahora vuelvo.

Stephen la siguió con la mirada hasta que desapareció por una puerta.

No cabía en sí de gozo por lo que tan inesperadamente se había suscitado entre Julie y él.

La muchacha no se hizo esperar y de nuevo apareció con su radiante belleza, con aquellos ojazos negros más bonitos que nunca, con su sonrisa cautivadora, con sus andares de diosa del Olimpo, con su cuerpo escultural de talla perfecta.

Sin dejar de mostrar su sonrisa feliz, Julie le manifestó:

—¡Ea, ya está...! Nos podemos ir cuando quieras.

—En seguida, querida.

La cogió del brazo con la satisfacción de llevar

consigo algo de su exclusiva pertenencia y abandonaron el edificio para dirigirse a un lugar cercano más tranquilo y acogedor.

—Pero dime, Julie. ¿Cómo es que estás aquí?

—Pues tiene fácil explicación. El Departamento me ha destinado al «Tierra 2».

Un cierto desencanto se notó en Stephen al manifestar:

—¡Vaya...! Yo que creía que habías venido por mí...

—¿Por ti...? Cualquiera sabe dónde estáis y cuándo volveréis al salir en una de vuestras misiones. Siempre lo mismo: «Lo sentimos, pero no podemos informar...» Esta es la contestación invariable de vuestro Cuartel General.

—Mujer...

—Si, ya sé, ya sé... Así que al notificarme mi destino, le dije a Caroline que se viniera conmigo y aquí está también.

—¡Vaya...! ¿Conque ha venido tu hermana?

—Claro, no se iba a quedar allí sola aburriéndose. Al menos cambia de ambiente. Y por cierto, ¿cómo está mi cuñado Harold?

—Pues... bien, bien... Aunque un poco raro. Yo lo atribuyo al exceso de trabajo y creo que le irá bien que os haga una visita.

—No estaría mal, la alegría que se llevaría mi hermana.

—Mira, se me ocurre una idea. Me das la dirección vuestra, pero a Caroline no le digas que me has visto. De este modo, al presentarse Harold la sorpresa será

mayor. ¿Te parece bien?

—¡Oh, sí! ¡Estupendo...! La pobre también se siente deprimida por la ausencia del esposo.

—Lo comprendo. A mí me ocurriría igual, pero al revés, por la ausencia de la esposa.

—¡Adulador...! ¡Pero si ni siquiera estás casado!

—Lo estaré en cuanto termine lo que llevo entre manos y con la mujer más hermosa de todas las galaxias.

Julie sonrió feliz y no apartaba la mirada de Stephen, quien le correspondía del mismo modo.

—¿Sabes una cosa, Julie...?

—¿El qué, Stephen?

—Estaba pensando en las sorpresas que nos reserva la vida y del modo en que se simplifican las cosas.

—¿A qué te refieres?

Los dos estaban sentados muy juntos, con el brazo de Stephen sobre los hombros de la muchacha atrayéndola y rozándose las mejillas.

—Yo había planeado, infinidad de veces, las palabras que te diría para manifestarte mi cariño y que esto tendría que ser precisamente en un marco adecuado, mas en consonancia a tu belleza...

—¡Ja, ja...!

—Y me encuentro que, sin palabras nos lo decimos todo y como bello marco, el «romántico» pasillo de un centro oficial...

Ambos rieron.

El tiempo les pasó como un soplo y la realidad se impuso teniendo que despedirse con la promesa de verse cuanto antes.

CAPÍTULO X

Nada más llegar al campamento el comandante Stephen Spivey, se presentaron ante él, casi al unísono, el teniente Tyler y el biólogo Harold Bedell.

El teniente, manifestó:

—Comandante, he de comunicarte unos hechos altamente desagradables.

No le dejó seguir Harold, quien le interrumpió:

—Yo también he de decirte algo referente a ese... Tyler.

—Harold, te ruego que no me interrumpas.

—Y yo te digo que no me interrumpas a mí para dar tu amañada versión.

Stephen se quedó extrañado ante el tono de voz empleado por ambos y toda la alegría que llevaba consigo y su ansiedad en participarles el encuentro que había tenido, se esfumó.

Decidió cortar aquella iniciada discusión.

—Pero bueno... ¿Se puede saber qué pasa aquí para obsequiarme con este recibimiento?

—Pasa que el traidor de Tyler...

—¡Harold, no te permito esa palabra y te exijo que la retires inmediatamente!

—No haré tal cosa puesto que es la verdad.

De no intervenir a punto Stephen, el puño de Tyler se hubiera estrellado contra el rostro de Harold.

—¡Basta ya...! ¿Es que os habéis vuelto locos?

—Señor, Harold miente deliberadamente...

—¡No miento...! Es la verdad, Stephen. Ese

teniente...

Nuevamente el comandante dio muestras de su energía, al ordenar:

—¡Silencio! ¡Tyler, retírate y luego te llamaré! Tú, Harold, quédate y cuenta lo que pasa. Estando los dos juntos jamás me voy a enterar de ello. Parecéis dos mocosos mal educados por vuestro comportamiento.

El teniente Tyler se calló. Saludó militarmente y dando media vuelta salió de la estancia un tanto molesto por la preferencia que había concedido a Harold.

Cuando Stephen quedó a solas con el biólogo, le dijo:

—Bien, ahora y con calma, cuéntame lo que pasa.

—Stephen, Tyler es un traidor; es el que suelta los monstruos.

—Oye, Harold, eso son palabras muy fuertes. ¿Te das cuenta de lo que dices?

—¡Claro que me doy cuenta! Y lo repito, es un traidor.

—Espero que para tal afirmación tendrás alguna prueba, ¿no es eso?

—Naturalmente que la tengo. Estaba en el laboratorio cuando me volví, descubriendo la presencia de dos monstruos y al teniente Tyler. Al verse descubierto me gritó que tuviera cuidado y acto seguido disparó contra ellos eliminándolos.

Stephen se le quedó mirando extrañado, como dudando de su estado mental, pero no quiso emitir ningún juicio.

Se había propuesto oír su relato pacientemente,

por lo que le invitó:

—Sigue.

—Luego de pasado el susto, me preguntó qué hacían allí los monstruos. Yo comencé a sospechar. Le contesté que él lo sabría puesto que los había visto primero.

—¿Qué más?

—En la mano llevaba la cajita que me diste para analizarla, que seguramente se me cayó sin darme cuenta. ¿Y sabes lo que me contestó?

—No.

—Fíjate lo infantil de su respuesta... Que al destaparla, se le caerían dos bolitas de las que contenía y aparecieron los monstruos ¡Absurdo del todo! Es lo que le dije: ¿Cómo una cajita puede servir de guarida a bichos de semejantes proporciones? ¡Imposible...!

—¿Qué pasó luego?

—Él se enfureció al verse descubierto y me pidió que le devolviera la cajita que me había entregado para asegurarme que era la misma que tú me diste para su análisis. Discutimos, forcejeamos y luego, te aseguro que deliberadamente tiró la cajita en una cubeta de ácido que tenía en el banco del laboratorio. Fíjate, ahora me he quedado sin saber su contenido.

Las facciones de Stephen se iban endureciendo por momentos. Aquello que le estaba contando Harold resultaba de suma gravedad.

—¿Qué siguió?

—Discutimos de nuevo, me amenazó y hubiera llevado a efecto su amenaza a no ser que apareció un

muchacho a buscarle, diciéndole que los encargados del laboratorio fotográfico habían desaparecido. Así que no me extrañaría que notaras algo en falta... Si es así, ya sabes quién es el causante.

Stephen inmediatamente pensó en la cinta filmada y en las ampliaciones, cinta que, en efecto, el mismo Tyler llevó al laboratorio.

—Sigue.

—No, nada más. Él se fue y yo me quedé meditando sobre lo sucedido y estoy seguro de que de no darme cuenta de la presencia de él y los monstruos, a estas horas no me hubieras encontrado.

—Bien... ¿Supongo que no habrás comentado con alguien del campamento lo sucedido?

—No, de ninguna de las maneras. Me hago cargo de lo que esto puede representar.

—Has hecho bien. Ahora vete que escucharé la versión de Tyler.

—Ándate con cuidado, Stephen, y no te dejes envolver por sus patrañas. Es un traidor.

—Queda tranquilo.

En la mente del comandante bullían los más dispares pensamientos y de ser todo aquello cierto, el teniente Tyler lo iba a pasar muy mal.

Por mediación de un enlace mandó llamar al teniente quien se presentó ante su comandante.

—Teniente, conozco ya una versión. Espero escuchar la tuya, así que empieza desde el principio y sin omitir detalles, por insignificantes que los consideres.

Tyler notó cierta tirantez en el comandante, pero

se propuso pasarlo por alto y comenzó su relato:

—Pasaba cerca del laboratorio de Harold, cuando oí un grito. Me alarmó y fui a preguntarle qué pasaba y sin moverse del banco de experimentos, me contestó que no sucedía nada.

Stephen, lo mismo que hizo con Harold, iba tomando nota de lo que consideraba más relevante.

Por eso le preguntó, luego de pasar un vistazo a las notas que tenía ante él:

—¿Fue así como dices?

—Naturalmente.

—Bien. Adelante.

—Entonces reparé que en el suelo había una cajita, la cogí y maquinalmente la destapé. Como el cierre era bastante ajustado, al quitar la tapa la sacudí y seguramente saltarían dos bolitas de las muchas que contenía.

—Sigue.

—Luego me entretuve en encajar la tapa de nuevo y cuando me di cuenta, entre Harold y donde yo estaba, dos monstruos iban creciendo ostensiblemente.

Tyler, con la punta de la lengua humedeció sus resecos labios y prosiguió:

—Advertí a Harold, quien se volvió reflejando el pánico en su cara, a tiempo que me instaba a que les disparara.

—¿Lo hiciste?

—Sí y al alcanzarlos de lleno, siguieron el proceso de reducción hasta desaparecer.

—¿Qué pasó luego?

—La parte más desagradable... Le pregunté cómo

estaban aquellos monstruos en el laboratorio, contestándome que yo lo sabría puesto que los había visto primero.

—¿Y...?

—Le manifesté que lo ignoraba, que la única explicación que cabía era el haberse caído alguna bolita de la cajita. Me la pidió y yo se la di, aclarándome que se la habías dado tú para analizarla.

—Es cierto, le entregué una.

—Él se rio de mi teoría y abiertamente me dijo que yo había llevado los monstruos. Le pedí la cajita para demostrarle que no mentía y podía ser el contenido de ella el origen de los monstruos.

—¿Te la dio?

—No. Forcejamos por la posesión de ella y sea por casualidad o intencionadamente, la cajita en cuestión cayó en una cubeta que, según me dijo después, contenía ácido y por lo tanto la destruyó.

—¿Ignorabas la índole del líquido que contenía la cubeta que has mencionado?

—Completamente.

—¿Qué más?

—Nos enzarzamos de nuevo en una discusión y ésta no siguió a más por la presencia de Peter que venía en mi busca para que fuera al laboratorio fotográfico.

—¿Qué ha pasado allí?

—Un hecho lamentable, Stephen. Los muchachos encargados del mismo han desaparecido y la cinta que filmaste, no la he encontrado por parte alguna, ignorando si llegaron a efectuar las ampliaciones...

¿Ampliaciones?

Tyler se quedó pensativo y Stephen le apremió.

—¿Qué pasa con las ampliaciones?

—¡Pero qué majadero he sido...! ¡Está más claro que el agua...!

—¿Quieres terminar de una vez? ¿Qué está claro?

—Stephen, cuando estaba forcejeando con Harold para apoderarme de la cajita, recuerdo que vi un ángulo de cartulina impresa sin destruir que bien podría tratarse de una ampliación; si, casi estoy seguro que podría tratarse de esto.

—Lo que estás diciendo es de suma gravedad, Tyler.

—Sintiéndolo mucho, Stephen, no puedo silenciar lo que he visto. Ya no cuenta en mi el que Harold me haya acusado o no, esto lo dejo aparte y casi estoy por decirte que le perdono. Quizá cuando le raptaron sufrió mucho o la fatiga del trabajo...

—Sí, ya hemos comentado esta particularidad en otra ocasión.

—Exacto. Pues bien, el callarme lo de la cartulina, sería faltar a la verdad. Además, hay otra cuestión. Aparte de la desaparición de los muchachos del laboratorio, existe la de un tercero, o sea, que esto ha costado tres vidas humanas.

—¿No tienes nada más que añadir?

—Que yo recuerde, no.

—Bien, te ruego que te retires. He de pensar sobre lo que me habéis dicho. Te voy a hacer la misma pregunta que a Harold: ¿has comentado con alguien del campamento vuestro altercado?

—Con nadie, salvo Peter que está enterado de lo del laboratorio fotográfico.

—De acuerdo, hemos terminado. Si necesito alguna aclaración ya te avisaré. Por favor, cuando salgas, manda decir a Peter que venga.

—A la orden.

Stephen estaba repasando las notas que había tomado durante las declaraciones de Harold y Tyler y su mente estaba sumida en pensamientos contradictorios, cuando se presentó Peter.

—¿Me llamaba, señor?

—Sí, siéntate.

Una vez acomodado, el comandante le preguntó:

—Cuando fuiste a avisar al teniente Tyler, ¿notaste algo raro en él y en Harold?

—Pues que estaban un poco alterados, sobre todo el teniente.

—¿Cómo sabías que estaba allí?

—Pues que estaba charlando con Michel por aquellos alrededores y vi a uno de los «aparecidos» que iba al laboratorio del biólogo y más tarde el teniente, cambiando bruscamente de camino, entró también.

—¿Quieres aclararme qué significado tiene lo de «aparecidos»?

—Sí, señor. Es de dominio general en el campamento. Denominamos así a los que aparecieron con el biólogo.

Stephen tomó unas notas y continuó:

—Cuando el teniente penetró en el laboratorio, ¿había salido ya el «aparecido»?

—Que yo recuerde, no, señor.

—¿Cómo te diste cuenta de lo del laboratorio fotográfico?

—Dejé a Michel y me fui directamente allí por tener afición a las composiciones fotográficas. Tenía mucha amistad con James y Robert, los encargados del mismo, y sabía que tenían que estar en ese lugar porque habíamos quedado en vernos. Al no encontrarles y ver todo aquello revuelto, me temí lo peor y avisé al teniente.

—¿Qué hizo el teniente al llegar al laboratorio fotográfico?

—Al primer instante se quedó parado, luego buscó algo afanosamente, pero por lo visto no lo encontró. Después me mandó que cerrara y guardara la llave y buscara a Robert y James, pero éstos no han aparecido por parte alguna.

—¿Algo más que se te haya olvidado?

—Nada más, señor. Bueno, salvo que... Los muchachos desconfían un poco de los «aparecidos»... Se les nota algo raro.

—Gracias, Peter, por tus informes. Puedes retirarte.

—A la orden, señor.

CAPÍTULO XI

Stephen se estaba debatiendo con el problema que se le había planteado entre Harold y Tyler.

Cada uno, en su versión, acusaba al otro y ambos a la vez ante el comandante, habían perdido su confianza, aunque las sospechas recaían más en Harold por varios fallos que descubrió en su relato y que no encajaban bien.

De todos modos, también podría ser que el mismo agotamiento de Harold redundara en su mente enfermiza.

Esto hizo que se reafirmara más en su pensamiento de principio en concederle un permiso y que descansara durante unos días en compañía de Caroline.

En la actualidad no existía el problema del gran desplazamiento, puesto que Caroline se hallaba en la capital del «Tierra 2».

Tras pensarlo un poco, decidió que esto sería la mejor solución, el mandarle a que viera a su esposa aunque únicamente se tratara de unas horas en su compañía.

Esto lo consideraba suficiente para que volviera a ser el de antes.

Haría la prueba y del resultado de la misma, dependían muchas cosas.

Así que fue a visitar a Harold en el laboratorio encontrándole, como siempre dedicado a sus trabajos.

—Harold..., con todo este jaleo me olvidé de

participarte una gran noticia.

—¿Qué es ello?

Preguntó el biólogo aparentemente indiferente, como a quien nada le importa.

—No puedes imaginar a quién me he encontrado en la capital del «Tierra 2».

—No, desde luego.

—Fíjate, nada menos que a Julie y con ella está su hermana, Caroline.

Stephen quedó cortado en su entusiasmo ante la pasividad de Harold que, posteriormente se convirtió en extrañeza para dar muestras finalmente de un cierto pánico.

No pudo contenerse y casi le preguntó molesto:

—Pero bueno... ¿Es que no te alegra que tu esposa se encuentre tan cerca?

—¿Mi esposa...? ¡Ah, sí, sí...! ¿Y cuándo ha venido?

—Pues la verdad es que no lo sé, ya que el encuentro con Julie ha servido para que ambos nos diéramos cuenta de que nos queremos. Nos hemos prometido y apenas si tuvimos tiempo de hablar de otras cosas que no fuera de nosotros.

Transcurrió un rato, tras el cual Harold manifestó de un modo monótono:

—¡Vaya, hombre...! ¿Así que te has prometido a Julie?

—Sí, ya puedes imaginar mi alegría. He quedado con ella que irás a visitar a Caroline. Mira, aquí tengo la dirección. De modo que Arthur te llevará y pasas unos días con ella.

—No, no puede ser. Es que tengo mucho trabajo.

—Ni una palabra de trabajo. Si no fuera por tener unas cosas que hacer, te vendrías conmigo.

—Yo bien quisiera verla, pero...

—Nada, nada, lo dicho. Tú te vas y al menos pasas unas horas con ella. El tiempo que decidas estar ya se lo dirás a Arthur para que te espere o bien regrese.

—No puedo, Stephen. Es que...

—Sí que puedes. Y no admito réplicas. Es una orden.

Stephen se reservó sus pensamientos. Bien a las claras se notaba que él no quería ir, pero estaba dispuesto a que lo hiciera.

Podía ocurrir que entre ellos se hubiera suscitado alguna regañeta y estaba seguro, que si esto era así, tras la separación obligada, al verse quedaría todo olvidado.

* * *

El comandante Stephen Spivey llamó al teniente Tyler que se presentara en su alojamiento.

—Mira, Tyler... He estado pensando sobre vuestro altercado y me da la impresión de que Harold o sufre de agotamiento físico o moral, y, por lo tanto, ha desorbitado la cuestión o... bien podría ser que encubra algo.

—Sí, también he pensado sobre lo primero, por lo que sus palabras no las tomé en cuenta.

—Bien hecho. Se nota tu nobleza. Pero no por ello hay que descartar la otra posibilidad. Sea lo que fuere, le he mandado para que haga una visita a Caroline y

sobre lo que de ello resulte, sabremos a qué atenernos.

—¿Le has mandado a la Tierra?

—No, a la capital de este planeta artificial. Julie y Caroline se encuentran aquí. Julie está preciosa como nunca. Y hay algo mas, nos hemos prometido.

—¡Esto sí que es un notición...! Mi enhorabuena, Stephen.

—Gracias, Tyler.

—¿Cuándo es la boda?

—En seguida que terminemos con esto.

Ni Tyler le preguntó cómo la había encontrado y Stephen, con toda intención, silenció el lugar dónde la halló y su ocupación en aquel centro oficial.

Tal como estaban las cosas tenía que mostrarse cauto hasta quedar bien definidas las posiciones de Harold y Tyler.

—Bien, vayamos a lo nuestro, Tyler. Voy a salir de reconocimiento a la zona que tienen establecida su nueva guarida.

—Pero habiendo desaparecido la película...

El teniente pronunció estas palabras apesadumbrado y en parte sintiéndose culpable.

Stephen pensó que su expresión era sincera y si era lo contrario tenía ante él a un gran comediante.

Sea lo que fuere, centró toda su atención para no perderse detalle de lo que le iba a comunicar:

—Aunque haya desaparecido esa película, tengo fijado en mi mente el lugar donde aterrizó el capitán Cliff. Por otra parte, poseo un duplicado del filme.

Tyler respiró aliviado, como si le quitaran un gran peso de encima y así lo expresó:

—¡Menudo descanso me proporcionas...! Indirectamente me sentía culpable de su desaparición, puesto que todo sucedió durante tu ausencia.

Stephen consideró que sus palabras estaban presididas por la sinceridad y que nada turbio se ocultaba tras ellas.

De todos modos, el comandante se abstuvo de hacer algún comentario sobre el particular y cambiando de tema, le preguntó:

—¿Has oído hablar de los «aparecidos»?

—No. ¿Qué es eso?

—«Eso...» se trata de los que vinieron con Harold. Los muchachos del campamento les denominan así, y hay más, sienten cierta animadversión hacia ellos.

Stephen también se calló quién le había proporcionado esta información. Se había propuesto ir con pies de plomo hasta tener plena seguridad de la lealtad del teniente o del biólogo o la de ambos a la vez.

—Pues no lo sabía. ¿Y qué quieres insinuar con ello?

Tyler no era tonto y por las palabras de su comandante, notó que una velada advertencia se ocultaba tras ellas, aunque ignorando por dónde iba.

—Quiero decir que los mantengas bajo control, que no les pierdas de vista y con ello evitar de una vez que se originen nuevos actos de sabotaje.

—De acuerdo. Así lo haré.

* * *

Stephen Spivey, acompañado de Philips, Peter y Michel, en vuelo rasante, se dirigieron a donde estuvieron instaladas las dependencias primitivas, aquellas que fueron voladas tras su incursión anterior y que ocupaban sus enemigos.

Era el lugar más cercano al nuevo enclave que poseían aquellos facinerosos pertenecientes al planeta llamado Tilaxia.

Por otra parte aquél era el único sitio donde podían ocultar su vehículo. Desde allí no les quedaba más remedio que cubrir la distancia a pie por el bosque y aproximarse cuanto les fuera permitido y sin ser descubiertos.

Luego de camuflar el vehículo convenientemente, el comandante, al frente de los de su patrulla y tomando toda clase de precauciones, se fueron aproximando a donde tenían enclavada su nueva guarida.

Lograron llegar a las inmediaciones de aquel gran claro sin dificultad alguna.

Stephen comprobó que allí imperaba gran actividad, viéndose muchos hombres vestidos de oscuro hasta la cabeza que iban y venían, salían y entraban por la rampa hacia las dependencias subterráneas.

Todo ello hacía presagiar los preparativos de una ofensiva, de un golpe definitivo.

Desde su punto de observación, Stephen fue trazando un croquis de cuantas instalaciones había visibles.

En esto estaba, cuando se apercibieron del

zumbido de un vehículo volador que se iba aproximando a aquel lugar.

Por señas les indicó a sus hombres que se ocultaran mejor para no ser descubiertos desde las alturas, de lo contrario, dados los efectivos que por allí se veían, les resultaría más que imposible el salir con vida.

En efecto, se trataba de un vehículo igual al que persiguió el comandante e igualmente estaba pintado de verde.

Del mismo, en primer lugar, bajó el capitán Cliff, al que reconoció por su modo de andar y se lo confirmaron, altamente extrañados los hombres de su patrulla.

—¡Si es el capitán Cliff...! —exclamó por lo bajo Philips.

—¿Es verdad lo que contemplan mis ojos...? —preguntó incrédulo Peter.

—¿Pero qué hace ahí el capitán, comandante? —susurró Michel.

Stephen, sin inmutarse, contestó a las preguntas, igualmente en voz baja:

—Es lo que quisiera saber.

Pero su asombro llegó al máximo cuando del mismo vehículo descendieron dos mujeres y eran... ¡Julie y Caroline...!

Quedó completamente desconcertado. Se restregó los ojos y volvió a mirar. Recurrió a unos prismáticos especiales y su rostro se quedó blanco.

Michel sospecho que algo raro le sucedía, por lo que le preguntó:

—¿Le pasa algo, comandante?

Stephen, cuando se repuso, contestó:

—No, nada, nada...

Pero la realidad era muy distinta. Se preguntaba qué podían hacer las dos hermanas en aquel lugar.

Y bajaron y se encaminaron con toda naturalidad y acompañadas por el capitán Cliff, hacia las instalaciones subterráneas.

Era como para volverse loco y preguntó por si se trataba de un espejismo o algo por el estilo:

—¿Alguno de vosotros conoce a esas mujeres?

El único que contestó fue Peter quien manifestó igualmente extrañado:

—Yo reconozco a una de ellas, la esposa del biólogo y a la que vi en dos ocasiones.

—Gracias, Peter.

Y luego, como quien se hace una reflexión, manifestó:

—Por lo tanto, no estoy loco. Son ellas, ellas...

—¿Decía comandante?

—No, nada, nada, Peter... Más bien hablaba para mí.

Stephen no salía de su asombro y miles de preguntas bullían en su mente sin una contestación adecuada que pudiera aclarar su desconcierto.

Todavía permanecieron allí hasta que las dos mujeres junto al capitán, desaparecieron en el interior de las instalaciones subterráneas.

Iba a indicarles Stephen que iniciaran la retirada, cuando la presencia de una patrulla de hombres oscuros, les impidió que se movieran del lugar que ocupaban.

Se quedaron quietos, incluso conteniendo la respiración y la mencionada patrulla pasó de largo sin notar su presencia.

Pero es que luego a ésta siguieron muchas más, obligándoles a permanecer en su escondite.

Por lo visto habían establecido un cinturón de vigilancia y aquello se estaba prolongando más de la cuenta.

Además, existía una segunda patrulla que, espaciadamente, iba colocando unos objetos que el comandante catalogo en seguida que se trataban de detectores de alarma.

Estos los fijaban encarados hacia el bosque, o sea que, todo aquel que pretendiera aproximarse a la explanada su presencia quedaría denunciada.

Esto podía constituir un grave inconveniente para los planes del comandante.

Con un susurro de voz, les dijo a sus hombres:

—Fijaros en los puntos donde han colocado los detectores. Es preciso variarlos de posición para que de esta forma, nos quede un pasillo por el que poder escabullirnos sin ser notados.

Observó que las patrullas pasaban ahora con una frecuencia de quince minutos más o menos.

Le indicó a Philips:

—En cuanto haya pasado la próxima patrulla y se haya perdido de vista, te diriges a aquel puesto de alarma que está situado a la derecha y varias de posición el detector fijándolo hacia la copa del árbol. En seguida que lo hayas hecho, sin pérdida de tiempo, regresas de nuevo aquí.

—De acuerdo.

Philips así lo hizo. Nada más desaparecer la patrulla de turno corrió como un gamo para cubrir el espacio que le separaba y una vez llegado al tronco donde habían instalado el detector, lo encaró hacia arriba.

Luego, con la misma rapidez que empleó al principio, retrocedió al refugio que ocupaban.

La inmediata patrulla no se hizo esperar y en esta ocasión, cuando quedó el camino expedito, le tocó el turno a Peter.

Stephen, le indicó:

—Al puesto de alarma que cae a nuestra izquierda.

Hizo la misma operación y luego fue repetida por Michel e incluso el mismo Stephen en dos puestos que caían a más distancia.

Con esta operación llevada a cabo, había conseguido el comandante una amplia zona de seguridad para ellos, naturalmente.

Una vez logrado esto y habiendo oscurecido ya, con cierta tranquilidad salieron de su escondite para dirigirse a donde dejaron el vehículo.

El regreso hasta el mismo, les ocupó más tiempo de lo previsto, puesto que no pudieron hacer uso de elementos que iluminaran la ruta por temor a ser descubiertos.

Tras penoso caminar durante el cual se dieron más de un trompicon, consiguieron llegar a su destino cuando ya estaba amaneciendo visiblemente.

CAPÍTULO XII

Siguiendo la advertencia de su comandante, Tyler tenía controlados a todos los «aparecidos».

Por ello mismo, se fue corriendo cuando le comunicaron que dos de aquéllos rondaban por las inmediaciones donde estaba instalado el arsenal.

Desde que sucedió el anterior intento de apoderarse del propulsor de entretenimiento, permanecía un centinela visible, más un segundo oculto y en comunicación continua con el teniente.

Ambos muchachos que ocupaban los citados puestos, eran de probada confianza.

Por eso salió disparado para reunirse con el centinela oculto nada más recibir el aviso que habían convenido y presentándose allí por un pasadizo secreto.

Cuando estuvo a su lado, le preguntó:

—¿Qué pasa, Roney?

—Mire a esos dos «aparecidos», teniente. Hace un rato que con disimulo están rondando por aquí.

En efecto, así era.

Tyler no les perdía de vista, al igual que el muchacho que estaba de puesto.

Le preguntó:

—¿Estás seguro que se trata de dos «aparecidos», como les llamáis?

—Sí, señor. Sin lugar a dudas. Les tenemos a todos controlados por la forma tan rara que se comportan.

El centinela visible, con antelación, ya fue

advertido del peligro inminente por el que permanecía oculto.

El teniente Tyler había puesto su mayor celo en seguir las instrucciones de su comandante y no estaba dispuesto a que se originaran más hechos desagradables en ausencia de Stephen.

Los dos «aparecidos» parecía que se recelaban algo, o bien no daban con el momento propicio para decidirse de una vez.

Esto también podría ser debido a que el centinela visible, por natural instinto de conservación, aunque disimulando, descuidaba lo menos posible la vigilancia de donde podía partir el peligro.

Ambos «aparecidos» cuchichearon entre sí y uno de ellos introdujo la mano en un bolsillo extrayendo una cajita que el teniente reconoció en el acto.

No esperó más. Saliendo de la estancia donde permanecieron al acecho y seguido del centinela allí emplazado, ambos con las armas en la mano, el teniente les gritó:

—¡Alto! Las manos arriba y al menor movimiento sospechoso, disparo.

Quedaron tan sorprendidos aquellos individuos, que sus músculos se paralizaron.

Tyler les tuvo que repetir enérgico:

—¡He dicho que las manos en alto!

Al momento obedecieron, dándose cuenta que el centinela del arsenal les estaba apuntando y a sus espaldas, al volverse, vieron al teniente y al otro muchacho que estaban haciendo lo mismo encañonándoles.

—Roney, no dejes de apuntarles y dispara a la menor sospecha.

Resaltaba bien a las claras el terror que se había posesionado de los dos sorprendidos, permaneciendo con las manos en alto y sin osar moverse.

Uno de ellos tenía la cajita en la mano y precisamente a éste se dirigió el teniente en primer lugar para apropiarse de la misma.

La contempló y comprobó que era de idénticas características a la que encontró en el laboratorio de Harold.

Se la guardó y procedió a cachearlo. Dio con un arma especial que llevaba oculta compuesta de un material algo similar al plástico.

Al palparle el pecho, notó algo raro. De un enérgico tirón le desabrochó y pudo observar que adosado a la caja torácica había un objeto cuadrangular como de un centímetro de espesor y del que partían varios electrodos insertos en la piel.

Se quedó altamente intrigado por lo que veía.

Pero no perdió el tiempo. Procedió a registrar al otro y en él halló otra cajita, el arma de las mismas características que el anterior e igualmente luciendo en su pecho aquel objeto cuadrangular.

Sospechó que tal objeto podría tratarse muy bien de un emisor-receptor, por lo que procedió a desconectar los electrodos que quedaron sujetos a la piel por el otro extremo y desposeyéndoles del objeto cuadrangular.

Luego que terminó con este menester, les ordenó:

—Podéis bajar los brazos y caminar hacia adelante.

Os prevengo que si queréis conservar el pellejo, nada de tonterías.

En compañía de Roney les condujo a una celda de seguridad, apostando a un centinela con la orden severísima de no dejar acercar a nadie.

—Si no hacen caso a tus indicaciones, disparas inmediatamente. Únicamente yo en persona podré acercarme. ¿Has comprendido bien?

—Sí, señor.

—Roney, vente conmigo que todavía nos queda mucho que hacer,

Tyler le dio unas órdenes concisas a Roney y éste, a intervalos de cinco minutos, fue avisando a cada uno de los seis restantes «aparecidos» para que se presentaran ante el teniente a recibir instrucciones.

Para que no se recelaran que la llamada era exclusivamente a ellos, avisaba al mismo tiempo a otro de los muchachos que no pertenecían a dichos «aparecidos».

Nada más hacer acto de presencia la pareja ante el teniente, éste conminaba al «aparecido» a que levantara las manos y al otro muchacho le daba un arma para que lo mantuviera encañonado.

Después del registro, les hacía pasar a una estancia contigua, en donde era vigilado por el acompañante adicto.

Y así fueron apresados todos encontrándose invariablemente en los seis, la cajita, el arma oculta y el objeto cuadrangular.

Posteriormente fueron conducidos, bien escoltados, a la celda de seguridad.

Cuando estuvieron los ocho reunidos, el teniente les preguntó:

—¿Hay otros más de vosotros en el campamento?

No le vino de nuevo que dieran por callada la respuesta, por lo tanto no perdió el tiempo haciendo más preguntas.

Ordenó a los cuatro sanitarios que estaban integrados en el Batallón, que se presentaran ante él.

Una vez se hallaron en su presencia, les ordenó:

—Desabrocharos para que os vea el pecho.

Quedaron un poco extrañados por lo que les decía el teniente, pero la disciplina les obligaba a obedecer las órdenes y sin comentarios posteriores, por absurdos que les parecieran, a no ser instados por un oficial de categoría superior.

Tyler les examinó y no vio rastro alguno de adherencias en aquellos pechos jóvenes.

Luego se llevó a los cuatro a la celda de seguridad, indicándoles:

—Quiero que os fijéis bien en los pechos de estos individuos.

Estuvieron observando aquellos electrodos fijos por un extremo en la piel y la huella del objeto cuadrangular.

De nuevo en su estancia de mando, les expuso:

—Bajo el pretexto de efectuar una de las revisiones periódicas, quiero que examinéis a todo el personal sin excepción alguna. En cuanto descubráis a uno con huellas como las que muestran los detenidos, mucho cuidado con él. Apresarlo y me lo traéis. Y para que cunda el ejemplo, examinarme a mí.

A sus palabras unió la acción y los cuatro pudieron comprobar que el teniente no presentaba huella alguna.

De lleno se dedicaron al trabajo y a media tarde, el jefe de sanitarios le pudo dar la novedad que todos habían sido examinados, excepto los que estaban fuera del campamento, y sin encontrar ninguna anormalidad.

El teniente Tyler entonces quedó tranquilo y satisfecho de lo que había adelantado y todo gracias a las indicaciones de su comandante.

Al anochecer llegó al campamento Arthur en compañía de Harold de regreso de la capital del «Tierra 2».

Nada más llegar, Arthur fue sostenido a examen por el mismo teniente, quien le puso al corriente de lo sucedido.

Le hubiera gustado hacer lo mismo con Harold, pero debido a la tirantez existente, no se atrevió a empeorar las cosas.

Por otra parte, éste se fue al laboratorio sin dirigirle la palabra.

* * *

A primeras horas de la mañana, el teniente Tyler recibió una llamada urgente de su comandante.

—¡Tyler! ¿Ha regresado Harold?

—Si, al caer la noche.

—¿Has hablado con él?

—No me ha dicho ni una palabra.

—Nos vamos a la capital del «Tierra 2». Hay algo raro que tengo que aclarar sin demora. Ten preparado a todo el campamento ante una posible acción.

—A la orden.

—¿Alguna novedad?

—Sí y de suma importancia.

—¿Qué ha ocurrido?

Tyler, en pocas palabras, le resumió todo lo acaecido, añadiendo al final:

—Todo el «material» está a buen recaudo para tu examen.

—Buen trabajo, Tyler. Te felicito. En cuanto a Harold, has hecho bien. No le digas nada y ya me entenderé con él. Ahora, corto. Regresaremos en seguida que pueda.

Stephen, de camino hacia la capital del planeta artificial, puso al corriente a los de su patrulla de cuanto había sucedido en el campamento y puestos de tácito acuerdo, todos dejaron al descubierto sus pechos.

Rieron por la coincidencia de tener la misma idea.

Una vez llegaron al astródromo, sin pérdida de tiempo, los cuatro se desplazaron en un' vehículo oficial al domicilio de Caroline y de Julie.

Los de su patrulla quedaron en el vehículo y Stephen se dirigió hacia la puerta del alojamiento de ambas.

Por más que llamó, allí no le abrió nadie y posteriormente, le informaron que desde el día anterior que no estaban.

Precipitadamente subió de nuevo al vehículo para

dirigirse al edificio donde estaba instalado el Departamento de Legaciones del «Tierra2».

A Michel le hizo quedar a cargo del vehículo y a Philips y a Peter, les dijo que le siguieran.

—En cuanto me veáis hablar con una señorita morena, muy mona, no la perdáis de vista y si sale del edificio para dirigirse a alguna Legación extranjera, la detenéis antes que entre y la traéis a mi presencia.

—Con mucho gusto lo haremos.

—Sin sobrepasaros, ¿eh? Hasta el momento actual, se trata nada menos que de mi novia.

—Perdón, señor, por nuestra vehemencia.

Stephen ya no escuchó sus palabras, puesto que en aquel momento descubrió de espaldas la silueta inconfundible de Julie.

Fue hacia ella y antes de llegar, la llamó:

—¿Julie...?

Esta siguió sus pasos sin volverse.

Apresuró los suyos y al alcanzarla, volvió a llamarla:

—¿Julie? ¿No me has oído?

Esta se volvió con una cara inexpresiva y como saliendo de un letargo, con mal simulado entusiasmado, manifestó:

—¡Hola, Stephen!

El comandante se quedó como si le hubieran echado un jarro de agua fría y no pudo evitar el manifestar:

—¿Pero es que no me das ni siquiera un beso?

Una breve pausa, para luego contestarle:

—Claro que sí. Tómallo.

Lo hizo y esto terminó de desconcertarle. Aquel beso no era de la dulce y apasionada Julie que tan bien recordaba. Carecía de entusiasmo, de sincero cariño.

Ella, con una sonrisa, le preguntó:

—¿Satisfecho?

Stephen, todavía confuso, repuso:

—Sí..., sí...

—¿Y a qué has venido, Stephen?

Le chocó la pregunta, pero le contestó con sinceridad:

—Pues aparte de verte a ti, a entrevistarme con el jefe del Departamento.

—Mira qué bien. Precisamente me dirijo a su despacho.

—Mejor que mejor, puesto que llevamos el mismo camino.

Ya repuesto de sus sensaciones, la sangre fría volvió a él, por lo que la cogió del brazo con naturalidad para seguir pasillo adelante.

Notó a la perfección que ella tuvo un estremecimiento al contacto de su mano e incluso inició un movimiento para librarse de la misma y acto seguido reprimirse y seguir caminando de aquel modo enlazados.

Julie, le preguntó:

—¿Tienes concertada la audiencia?

—No es necesario. *Mister* Black me recibe a todas horas.

Ella, con disimulo, se mordió los labios.

Habían llegado ante la puerta y la propia Julie

llamó.

—Adelante —le respondieron.

—Señor, el comandante Spivey.

—¡Ah! Que pase, que pase. ¡Pero, hombre de Dios, con lo que tenía...!

Se cortó en lo que iba a decir al reparar que Julie estaba presente.

Pero Stephen, consciente de lo que iba a manifestar, le aclaró:

—Puede hablar con toda tranquilidad. La señorita Julie Ward es mi prometida.

—Mi enhorabuena por tal noticia. No ha tenido mal gusto, comandante.

Julie, manifestó:

—Si tienen algo que hablar, yo me retiro.

Stephen la cogió del brazo para detenerla.

—No, de ninguna de las maneras. Ya casi eres mi esposa y entre marido y mujer no tienen que existir secretillos —le manifestó con velada ironía.

—Eso está muy bien, comandante; pero que muy bien. Y ahora a lo que nos interesa. Tenía usted razón, Spivey, se ha descubierto una vil conjura al interceptar las comunicaciones de la Legación de Tilaxia.

Stephen, que todavía mantenía cogida a Julie, notó que ésta se estremeció y por el rabillo del ojo pudo observar la palidez de su rostro.

—Esperan recibir refuerzos inmediatos para apoderarse del «Tierra 2» y posteriormente invadir nuestro auténtico planeta. Aquí tiene todas las comunicaciones interceptadas.

Stephen soltó a Julie y cogió lo que le entregaba el

jefe del Departamento de Legaciones.

Continuó este último:

—Además, gracias a la instalación de cámaras ocultas que han funcionado ininterrumpidamente, se ha captado a cuantos han entrado o salido de la Legación del planeta Tilaxia desde el momento que se estableció la vigilancia a instancia suya. Voy a proyectárselo.

Harry Black puso en marcha los dispositivos para mostrarle a Stephen toda la información que habían recopilado hasta aquellos momentos, de cuantos visitaron o abandonaron la Legación de Tilaxia.

Ante él fueron desfilando rostros completamente desconocidos, pero otros hartamente reconocibles, entre los que se contaba el capitán Cliff.

Lo que llamó más la atención del comandante, fue la aparición de Harold.

Al llegar aquí, Stephen rogó al señor Black:

—Por favor. ¿Quiere retroceder y pasar de nuevo esta última secuencia?

—Con mucho gusto.

Efectuó las manipulaciones adecuadas y de nuevo observó las imágenes, fijándose, más que todo, en la indicación de la hora en que se había captado aquello.

Extrajo un bloc de notas y en el mismo anotó algo, sin perder de vista el curso de la filmación.

Llegó un momento en que casi dio un salto en el asiento que ocupaba.

Las imágenes que se presentaban ante él, eran las que correspondían a Julie y a Caroline entrando en la Legación de Tilaxia. El horario sobrepuesto, era

posterior al de Harold.

Tomó nota y de soslayo miró hacia donde estaba Julie.

¡Esta había desaparecido!

Sin inmutarse siguió prestando atención a la proyección. Posteriormente vio a Julie que salía sola de la Legación del planeta en cuestión.

Henry Black le hizo notar esta particularidad:

—Comandante Spivey.

—¿Diga, señor?

Miró a su alrededor y al comprobar que Julie no se encontraba allí, continuó con mucha gravedad:

—¿Se ha dado cuenta que su prometida ha visitado la Legación?

—Perfectamente, señor Black. Le ruego que repita la llegada de Julie con Caroline, hermana de ella, a la Legación y la aparición de Julie saliendo de la misma.

Hizo lo que le indicó Stephen, fijando en una segunda y tercera pantalla las imágenes que especificó el comandante.

El mismo señor Black, manifestó:

—Aunque las dos Julies parecen la misma, yo diría que son diferentes.

—En efecto, no le quepa la menor duda. La última no es igual que la primera.

—Yo diría..., la que estaba aquí...

—Esa es la segunda y..., o mucho me equivoco, o pronto la tendrá bajo su custodia.

—¿Qué me dice?

—Usted mismo se convencerá de ello. Le sugiero que llame a un agente femenino de seguridad. Nos

hará falta.

—No le comprendo, pero seguiré sus indicaciones.

—Otra cosa más, señor Black. La nave próxima que llegue del planeta Tilaxia, proceden a su detención y se incautan de la misma con todo su contenido, tanto el personal como el material; así como ocupen y detengan también a todo el personal de la Legación.

—Me deja anonadado, pero así lo haré. Descuide.

En efecto, tal como había predicho Stephen, al poco rato estaban en el despacho del jefe del Departamento de Legación, Philips y Peter custodiando a Julie.

Philips manifestó al comandante:

—La hemos detenido donde usted dijo, señor.

Un agente femenino de seguridad la cacheó y como resultado, depositado sobre la mesa del jefe de Departamento de Legaciones, había una cajita, un arma especial y un objeto cuadrangular.

CAPÍTULO XIII

Stephen llegó cuanto antes al campamento y nada más ver a Tyler le abrazó, manifestándole al mismo tiempo:

—Tyler, te debo una reparación.

—¿Por qué, Stephen?

—Por haber dudado de ti.

—Lo sospeché que así fue, puesto que las circunstancias se prestaban a ello. Lo reconozco mal que me pese.

—Te ruego me perdones. La más adecuada reparación que se me ocurre es que vengas conmigo a visitar a Harold.

Se fueron hacia el laboratorio y la puerta estaba cerrada.

Stephen, sin ninguna consideración, de dos patadas la abrió y sorprendió a Harold que precipitadamente, trataba de ocultar un objeto voluminoso, a tiempo que se cubría el pecho.

El comandante, con marcada ironía, se excusó:

—Perdona, Harold, esta forma tan poco ortodoxa de interrumpir en tus dominios. Pero... temiendo que te pasara algo..., de ahí mi precipitación.

A la sorpresa del momento, Harold se fue rehaciendo.

Stephen, le preguntó:

—¿Y qué? ¿Cómo le ha sentado la sorpresa a Caroline?

—Pues..., pues..., muy bien, se ha llevado mucha

alegría.

—¡Vaya, vaya! Lo celebro. Y Julie, ¿te dijo algo?

—Sí... sí... Me dio muchos recuerdos para ti.

—Gracias, hombre. Mira, he venido con Tyler por existir unos puntos que me interesa aclarar.

—¿Tú dirás?

—En tu declaración silenciaste que el teniente vino aquí al oír un grito.

—¡Ah, sí! Eso dijo él, pero la realidad es que aquí no pasó nada.

—¿Y qué me dices del muchacho que vino al laboratorio y no volvió a salir?

Se quedó confuso, pero se repuso al momento.

—Eso son patrañas de Tyler. Aquí no vino nadie.

—No son patrañas de Tyler como manifiestas, sino de Peter que lo presencié.

Harold se mostró turbado, pero reaccionó:

—Eso no es verdad, aquí no se presentó nadie.

—Bien. Veamos otra cuestión. Tú afirmaste que el teniente tiró la cajita que te di. Fíjate bien, la cajita que te di la lanzó en la cubeta de ácido, cuando Tyler ignoraba la índole del líquido. ¿Qué me contestas a esto?

Aquí Harold ya no supo qué contestar.

Stephen, prosiguió:

—En la cubeta había un ángulo de cartulina perteneciente a una ampliación que quedó sin destruir y buena maña te diste para que desapareciera al reparar en ello.

—¡No, no es verdad! Todo son mentiras del teniente.

—Es verdad, Harold. Encargaste a tus secuaces que eliminaran a los muchachos del laboratorio fotográfico, al igual que al centinela del arsenal para apoderarte del arma e igualmente enredaste la cuestión malévolamente para que todas las sospechas recayeran en el teniente.

—¡No, no es verdad! Nada he tenido que ver con todo eso. Son un cúmulo de mentiras de ese traidor.

—¿Mentiras? ¿Estás seguro?

Y Stephen, endureciendo sus facciones y cansado ya de aquella farsa, le preguntó con voz de trueno:

—¿Quieres decirme qué hacías en el día de ayer, a las nueve quince de la mañana en la Legación de Tilaxia y de la que saliste más tarde?

El impacto fue enorme y titubeante, Harold replicó:

—¿Yo, yo...? Nunca he estado allí.

—¡Mientes! Lo he visto con mis propios ojos.

—Sería alguien que se pareciera a mí.

—¿Cómo se te ha ocurrido eso? ¿No sería para atraer a Caroline y a Julie en vistas de una posterior suplantación?

Llegado a este punto, ya no supo qué manifestar, pero Stephen estaba dispuesto a que declarara de plano y sacando un objeto del bolsillo le dijo:

—Mira esto Harold o quien seas ¿Lo reconoces? Es una cajita inofensiva incapaz de albergar una guarida de monstruos de grandes proporciones. La voy a destapar para desparramar su contenido por el suelo y que te hagan compañía estas insignificantes bolitas

Los ojos de Harold casi saltaron de su lugar al

desorbitarse por el terror que sentía y gritó:

—¡No, no, Stephen! ¡No hagas eso por lo que más quieras!

Y estalló en lloros a consecuencia del pánico que sentía.

Stephen entonces le indicó a Tyler que lo había presenciado en silencio:

—Regístrale, que encontrarás los objetos que identifican a la camarilla de «aparecidos»

El teniente lo hizo y en efecto encontró la tarjeta de visita que llevaban consigo aquellos seres, siendo confinado en compañía de los demás.

El comandante reparó en un bulto a medio ocultar. Se apoderó del mismo, lo destapó comprobando que se trataba de un arma de entretenimiento.

Posteriormente se enteró que fue a costa de la vida del centinela del arsenal y que todo lo tenía planeado, el que se hacía llamar Harold, para huir con ella.

* * *

Salvo el personal indispensable para servicio del campamento, todos los demás salieron para dar el golpe final a las instalaciones enemigas.

Gracias al paso franco que el comandante y sus muchachos habían dejado expedito, de detectores, les permitiría filtrarse en el interior del cinturón de seguridad.

Oscurecía ya, cuando el comandante, al frente de todos ellos, se fue aproximando a la zona frecuentada por las patrullas enemigas.

Al llegar a cierta distancia, el grueso de los efectivos quedó al mando del teniente Tyler, quien había recibido órdenes de su comandante con anterioridad.

Stephen dispuso que le acompañaran diez muchachos y los que componían su patrulla, o sea, que con él, eran un total de quince.

Los demás tomarían posiciones para entrar en acción cuando el comandante diera la señal convenida.

Cerca de donde estaban agazapados, pasaron los tres componentes de hombres oscuros que tornaban una de las patrullas de vigilancia.

Tres sombras saltaron sobre ellos y en un abrir y cerrar de ojos, los inutilizaron, les desprendieron de sus vestimentas y tres nuevos hombres oscuros, al cabo de un momento, salían del lugar donde habían cambiado las prendas.

Fueron con pasos presurosos para adelantar el tiempo que se habían entretenido en este menester.

Esta patrulla de elementos contrarios a los oscuros, la constituían Roney, Philips y Peter.

Con la siguiente efectuaron la misma operación y así sucesivamente hasta sustituir las cinco patrullas que componían la ronda en total.

El punto de cita era la parte derecha donde se iniciaba la rampa que conducía a las instalaciones subterráneas.

Disponían de muy poco tiempo, teniendo que localizar dónde estaban confinados Julie, Caroline y posiblemente Harold, para liberarles.

Al llegar a la rampa la patrulla compuesta por el

comandante, Arthur y otro muchacho, Peter ya había explorado algo.

El comandante se quedó con Peter y los demás prosiguieron.

Las rondas establecidas seguían la dirección de la manecilla del reloj y al pasar frente al pasillo por donde se infiltraron, un muchacho fue cubriendo el tercer puesto que quedaba vacante y como Michel también se quedó, que iba en la tercera patrulla, éstas quedaron reducidas a un total de cuatro.

Por lo tanto, tenían que apresurar sus pasos cubriendo el hueco dejado y pasar ante el control cada quince minutos como tenían establecido antes de la sustitución.

Michel se quedó de guardia. El comandante y Peter se introdujeron en las instalaciones subterráneas, que era una copia exacta a la que existía anteriormente.

A aquellas horas allí no había nadie. Por lo visto confiaban plenamente con la seguridad de sus patrullas y los detectores de alarma.

No les costó trabajo dar con lo que buscaban.

En una sala laboratorio iluminada por una tenue luz y en asientos extensibles, dispuestos circularmente, se encontraban varias personas de las que partía un cordón conectado en un aparato situado en el mismo centro de la circunferencia.

Con cautela entraron y cuando se habituaron a la luz mortecina, Stephen casi gritó de alegría.

Allí estaban, al parecer durmiendo, Julie, Caroline, el auténtico Harold y también... el verdadero capitán Cliff además de varios muchachos de su batallón.

Pudieron comprobar que todos estaban sujetos a los asientos por sendas esposas.

Stephen se aproximó a Julie y la tocó en un hombro.

La muchacha abrió los ojos y al ver aquella vestimenta oscura, el pánico se reflejó en ella.

Con un susurro, le manifestó:

—Soy Stephen, Julie. Venimos a sacaros de aquí.

Adivinó que iba a dar un grito de alegría y no tuvo más remedio que taponarle la boca con sus labios, puesto, que las manos las tenía ocupadas manipulando con el cierre de las esposas.

Peter no se entretenía y estaba haciendo lo mismo con Caroline, librándola de aquello que la sujetaba en el asiento.

Se fueron despertando todos. Stephen y Peter se multiplicaban en libertar a los prisioneros, recomendándoles calma y silencio.

Los cordones que conectaban con aquel aparato central, fueron todos seccionados.

Se les presentaba una dificultad. Como en el planeta artificial la noche era de corta duración, no les quedaba más remedio que arriesgarse y salir con todos.

De haberlo hecho escalonadamente y les sorprendía el amanecer, les sería más difícil que pasaran desapercibidos.

Stephen les reunió y en voz baja, les dijo:

—Atención todos. Vamos a salir juntos y por nuestra integridad, os ruego que no hagáis el menor ruido.

Peter ya estaba a la puerta e hizo una señal para que se adelantaran, ya que el campo estaba libre.

Con Peter a la vanguardia, Stephen llevando de una mano a Julie, seguido de Caroline y Harold, su marido, del grupo de muchachos y cubriendo la retaguardia el capitán Cliff, fueron ascendiendo la rampa como fantasmagóricas sombras y en el más de los rigurosos silencios.

Afuera se les unió Michel y cuando traspasaron el pasillo de seguridad por el que se infiltraron, Stephen dio la señal y el grueso de las fuerzas fue a tomar posiciones.

Las dos mujeres y Harold quedaron en lugar seguro.

Todos los demás liberados se integraron al grueso de las fuerzas.

El comandante Stephen Spivey ordenó que los pequeños vehículos espaciales procedieran al bombardeo de las instalaciones cuando estaba amaneciendo.

La sorpresa fue enorme para aquellos confiados secuaces que pretendían apoderarse del «Tierra 2».

Desde el control no pudieron hacer uso de la alarma porque dos de las patrullas sustituidas encargadas de la ronda, se encargaron de dejarles fuera de combate.

El desconcierto fue enorme y al darse cuenta de que estaban sitiados se defendieron a la desesperada.

Pero aun aventajando en número a los efectivos del comandante, los impulsores de entretenimiento jugaron un gran papel en la operación de

alquilamiento.

De aquellas instalaciones y sus ocupantes, no quedó nada.

Posteriormente el comandante Spivey recibió un comunicado de Henry Black en el que le anunciaba que la Legación de Tilaxia había sido ocupada, detenidos sus moradores y la nave que esperaban con refuerzos destruida al ofrecer resistencia cuando se les conminó a la rendición, condenándoles a perpetuidad a no poder hacer uso del planeta artificial.

* * *

Cuando todo hubo pasado, en el campamento dieron rienda suelta a la expansión que tuvieron que reprimir en aquellos momentos de gran tensión.

Julie no se separaba de Stephen, quien no cesaba de mirarla.

Caroline, asida de la mano de Harold, parecían dos niños con un juguete nuevo.

El capitán Cliff departía animadamente con el teniente Tyler y los muchachos no cabían en sí de gozo por el término de aquella pesadilla de monstruos y ante el inmediato regreso al planeta Tierra.

Stephen, dirigiéndose a Harold y a Cliff, les preguntó:

—Bueno, ¿queréis explicarme el fenómeno de suplantación de personalidad con rasgos idénticos y conocimientos?

Fue Cliff quien tomó la palabra:

—Seguramente utilizan un método de foto plastia

o mimio plastia muy avanzado. Nos colocaban una careta que se adaptaba a nuestras facciones, conectada con otra aplicada a quien tenía que sustituirnos.

»Al cabo de unos instantes, al quitarme la careta, no sabía quién era yo. Parecía que tenía ante mí un espejo.

—Bien, eso está aclarado. ¿Cómo el suplantador o suplantadora compartía los conocimientos del auténtico?

—Esto es más simple, Stephen. Por medio de electrodos fijados en determinados puntos nerviosos de la epidermis, captan pensamientos y toda clase de sensaciones. Todo ello, junto al receptor-emisor conectado con el amplificador, aquel aparato que había en el centro y al que todos estábamos sujetos, se establecía una comunicación continua por mediación de otro receptor-emisor que llevaba el suplantador... Si no fuera por lo trágico del momento, casi resultaba divertido. Vivías una doble existencia a distancia enterándote de todo.

—¡No me digas...!

Stephen carraspeó, miró receloso a Julie, y para cambiar de tema, dijo:

—Harold, ahora te toca el turno a ti.

—Pues yo sospechaba algo sobre el asunto de los monstruos y la destrucción forestal. Tenía las cosas muy avanzadas y si no me hubieran secuestrado, hubiera dado con la cuestión.

»Sencillamente se trata de huevos fecundados con alto poder de crecimiento al ser liberados de la envoltura especial de la cajita.

»Obedecían a quien les liberaba, aunque si eran heridos, devoraban a quien tuvieran delante sin reconocer mandato alguno.

»Para hacerlos desaparecer, utilizaban dardos desintegradores que al momento les reducían a la nada.

»En cuanto al producto de la destrucción de la arboleda, aunque en sí hacía daño, no llegó a ser un gran éxito.

Tyler, al igual que el comandante, estaba escuchando todas aquellas manifestaciones altamente impresionados.

Julie, que estaba contemplando a Stephen con una maravillosa sonrisa, le manifestó maliciosa:

—Has tratado de desviar la conversación sobre una cuestión determinada. No tienes que andarte con disimulos, puesto que ya sé que has llevado del brazo y besado a la otra Julie. Únicamente te lo perdono porque yo sentí la auténtica sensación.

—¡Menos mal...! —suspiro aliviado Stephen.

Y todos rieron del apuro que había pasado.

FIN

SORTEO DEL MILLON

PISO Y COCHE O UN MILLON

SOLO PARA ESPAÑA

¡UN MAGNIFICO PISO Y UN MODERNO COCHE PUEDEN SER SUYOS!
O SI LO PREFIERE

¡¡ UN MILLON DE PESETAS!!

Basta con que resida en España y nos envíe el cupón que, junto con las instrucciones y bases para tomar parte en este sensacional sorteo, hallará en las últimas páginas de todas las novelas que Editorial Bruguera, S. A. publica en sus populares colecciones femeninas y de aventuras.

**BUSQUE EN LA CUBIERTA
ESTE DISTINTIVO:**

Adquiera su novela, disfrute de unas horas de grata lectura, envíe el cupón ... y



¡¡BUENA SUERTE, AMIGO!!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.